

FBI



**CURTIS
GARLAND**

**TRAMPA
a una
SOMBRA**

© Curtis Garland
Derechos reservados por
EDITORIAL ROLLAN, S. A.
PINTO (Madrid)
ESPAÑA

I. S. B. N. 04-01129 - X

Depósito Legal: M. 35.312 - 1972

Printed in Spain

Suc. de Rivadeneyra, S. A. - MADRID

CURTIS GARLAND

Trampa a una sombra

Primera edición

EDITORIAL ROLLAN, S. A.
PINTO (Madrid)
ESPAÑA

CAPÍTULO I

V IÓ enseguida las gafas oscuras.

Gafas de vidrios totalmente negros, espejeantes casi. Montura de acero brillante. Gafas grandes, muy redondas. Apenas si dejaban adivinar la auténtica expresión del rostro.

Las gafas se movieron bajo las luces como centelleos de azabache en movimiento. Con ella, el hombre mismo parecía danzar, flotar o deslizarse en el aire, ingravidamente. Sus gafas absorbían incluso su posible personalidad.

Cruzó ante ella. Pareció que iba a elegir la mesa inmediata, pero cambió de idea o es que nunca realmente tuvo intención de hacer tal cosa.

Se acomodó tres mesas más allá. De frente a ella. Apoyó las manos en el mantel limpio, muy blanco, muy planchado.

Manos con guantes de piel gris.

Tomó la carta. El camarero se aproximó por el pasillo central que dejaban las mesas, situadas a ambos lados del vagón restaurante. Fuera, al otro lado de las ventanillas, la noche era un mundo negro y sin formas, salpicado de luces distantes a ráfagas.

Pidió algo para cenar. Ni una sola vez miró hacia ella. Si lo hizo, las gafas impedían que se pudiera advertir. Parecía abstraído. Jugueteó con el soporte de la lámpara individual de su mesa, y luego con la servilleta y los cubiertos, distraídamente.

Ella sabía que todo eso era mentira. No estaba distraído. No se abstraía fácilmente. No miraba a su alrededor con desinterés, como pudieran dar a entender sus movimientos de cabeza, sus ademanes, su aire indiferente.

Estaba mirándola a ella. Vigilándola a ella.

No era el mismo hombre de la estación, estaba segura. Ni el de

la plataforma del coche-cama, mientras depositaban su equipaje dentro del compartimento. No, nada de eso. Era otro. Otro hombre. No había uno solo. Había más. Más de uno, más de dos.

Apuró lentamente su café. Había terminado de cenar. Pero no se movió de la mesa. No aún. Encendió un cigarrillo con pulso bastante firme. Se admiró de sí misma. Era más valerosa de lo que creía. O al menos, sabía controlarse mucho mejor de lo que su pesimismo la hiciera pensar.

El hombre de las gafas negras tomaba lentamente una taza de consomé. Ni siquiera para cenar se quitaba los guantes. Su cabello era gris oscuro, corto, peinado con un breve flequillo sobre la amplia frente, sin duda para disimular sus entradas.

Era un perfecto desconocido. Jamás lo había visto antes de ahora. Y si lo vio, le había olvidado por completo. Cosa que no era fácil que ocurriera... a no ser que se despojara de sus negras gafas, de sus guantes grises...

Pidió ella la cuenta. El camarero le entregó la factura. Apenas la miró. Puso en el plato el dinero, sin recoger la vuelta. Se puso en pie, tomando su bolso. Caminó con firme taconeó, corredor adelante.

Para volver al vagón de literas, tenía que pasar junto al hombre de lentes negros. No hubiera querido hacerlo, pero al otro lado solamente tenía la locomotora y algún vagón postal o cosa parecida. Era inevitable ir en ese sentido.

Se armó de valor. Ni una vacilación en sus pasos. Caminó rápida, segura, confiada. Una mesa, dos... y tres. Pasó junto a la del hombre.

Salió del vagón-restaurant. Se cruzó con el camarero, que llegaba de la cocina con un plato, sin duda para el comensal último de aquel turno; el hombre de las gafas negras...

Ella se detuvo, con un gemido apenas dominado, dejando pasar al camarero de Wagon Lits Cook. Su mirada se fijó, extraviada, en el contenido de aquel plato. Un fuerte estremecimiento sacudió su cuerpo, pegado a la pared del pasillo entre la cocina y el coche restaurante.

Era como una pesadilla. Como si las cosas muertas tomaran cuerpo nuevamente, y la acosaran, la rodearan, implacables.

Los langostinos rodeados de hojas de lechuga y rodajas de

tomate... Y en su centro, rodeado por todo ello, la rodaja de merluza con salsa de *curry* por encima, amarilla y de fuerte olor picante y aromático...

—Marcel... —jadeó entre dientes—. Oh, no... Marcel está muerto.

Siguió con mirada extraviada la ruta del camarero. Éste se detuvo junto al hombre de gafas oscuras. Dejó ante él aquel manjar especial, que tenía que solicitarse como un encargo muy particular, detallando minuciosamente los detalles, para que un cocinero lo sirviera a gusto del cliente.

Se alejó pasillo adelante, de regreso al coche cama. El tren aumentaba de velocidad. Se oía el silbido que producía, ululante y largo, al ir en dirección contraria al fuerte viento de la noche.

Con un suspiro, se detuvo ante la puerta de su cabina. Era la B 22. Observó que la B 20 estaba ahora ocupada. La puerta entreabierta le mostró que alguien se movía allí dentro, junto a la litera, pero no pudo ver bien quién podía ser. Debió subirse en la última estación del trayecto, porque cuando salió de Bruselas, el B 20 no estaba ocupado, de ello estaba bien segura.

Sí, tuvo que ser en la parada de Charleroi cuando aquel viajero ocupó la cabina vecina a la suya. Se sintió intranquila. Hubiera viajado más a gusto, más segura, sabiendo que nadie se hallaba allí al lado, pared por medio con ella.

Entró en la cabina. Cerró la puerta. Giró el pestillo, y se sintió más confortada. Bajó la cortina de la ventanilla. Se sintió encerrada, agobiada en las dimensiones limitadas de la cabina. Pero se sintió a salvo, fuera del alcance de aquellos fantasmas que podían ser producto de su mente... o seres reales, maniobrando en torno suyo, misteriosa, siniestramente...

Las cabinas de aquel vagón eran dobles, aunque la suya estaba habilitada como individual. Podían viajar dos personas. Posiblemente sería eso. Un matrimonio, por ejemplo. ¿Por qué había de ver nada oculto, misterioso ni extraño en cada pequeña cosa, en cada leve y trivial incidente de la vida?

Después de todo, los ocupantes de la cabina inmediata, ni siquiera debieron ir al vagón restaurante. La parada en Charleroi fue durante la cena, y no vio entrar a nadie después de esa parada, salvo al hombre de las redondas gafas negras, espejeantes.

Cerró. Definitivamente. Volvió a aplicar el pestillo. Se sentó en la litera. Tomó un sorbo de coñac. Miró hacia el portaequipajes de la cabina. Su único maletín plano, de aluminio forrado de piel azul, aparecía allí. Intacto. Tal como lo dejara. Respiró hondo.

El maletín... Guardaba muchas cosas aquel maletín. Cosas curiosas. Cosas valiosas, al menos para ella. Y no se refería concretamente a sus talonarios de cheques de cuentas corrientes. Eso no importaba ahora gran cosa.

Abrió el bolso. Rebuscó en él, tomó el llavero. Contempló pensativa, el manojito de llaves. Había allí muchas y diversas llaves. Eligió la llavecita del maletín. Volvió a levantar la cabeza. Se puso en pie. Caminó hasta el portaequipajes. Se empujó en la escalera de las literas. Tomó el maletín. Lo depositó en la cama. Abrió las dos cerraduras aceradas. Dos chasquidos, y la tapa quedó abierta. La alzó.

Se quedó contemplando el contenido, pensativa, y terminó por tomar la agenda de tapas azules, brillantes. La luz de cabecera de su litera, destelló en el dorado del borde de sus hojas. Hacía tiempo que no escribía. Bastante tiempo... La agenda reposaba casi desde que pasaron los días de los funerales por Marcel.

Se acomodó en el borde de la cama. Apoyó la agenda en la superficie de la mesita dispuesta para comodidad del viajero. Extrajo su bolígrafo, y comenzó a escribir, en primera página en blanco que encontró a media agenda:

«Diecisiete de noviembre. Año 1966.

»Estoy abandonando Bélgica. Al fin.

»Brujas ya quedó atrás hace tiempo. Y con Brujas, *Tour du Lac*. Y muchas más cosas, naturalmente. Dentro de poco, habré cruzado la frontera francesa.

»Estaré en Francia. Camino de París.

»París... Dios mío, espero que todo sea mejor allí. Espero que esta angustia que no me abandona desde que terminaron los funerales, se termine de una vez.

»No he logrado nada. La sensación de acoso continúa. No es solamente en *Tour du Lac*. He visto a hombres igualmente extraños y sospechosos alrededor mío. Me siguen. Me vigilan. Continúan tras de mí.

»¿Por qué, Dios mío? ¿Por qué? Es para enloquecer. Ni tiene sentido. ¿Qué quieren de mí? ¿Me amenaza algún peligro? Me temo que sí...

»En la estación de Bruselas había un hombre vigilándome. Luego, creo que vi a otro en la plataforma del coche-cama; donde me hallo ahora...

»Y otro en el restaurante. Sobre todo, en el coche restaurante. Es un hombre extraño. Sus gafas negras redondas, espejeantes, de montura de acero, sus manos enguantadas de gris... Incluso come con guantes. Sin embargo, es particularmente hábil con sus manos enguantadas. Recogió mi bolso y mis cosas en un par de segundos. Indudablemente, parece diestro manejando sus manos, pese a llevar guantes. Eso denota práctica...

»No sé si todo esto se relaciona con Marcel. O con su fortuna. O con su familia de *Tour* du Lac.

»No les gustó que me marchase de allí. No querían dejarme ir. Con el dinero de Marcel, por supuesto. Yo no tengo la culpa de que él testara a mi favor íntegramente. Fue una cruel jugarreta para ellos, lo sé. Aún no han aceptado que yo, una extraña para ellos, me aleje de allí, llevándome lo que creen suyo, lo que durante años estuvieron pensando heredar, en cuanto Marcel empeorase, en cuanto muriese...

»Sólo que Marcel no empeoró. Por el contrario, su salud, nunca fue mejor que al casarse conmigo. Sintió el estímulo de vivir. Incluso fue al especialista suizo al que jamás había querido ir antes. Recuerdo bien que le acompañé en ese viaje. Vi su mueca de felicidad, de esperanza, cuando el, especialista le dijo que había un posible remedio para su mal. Le puso en tratamiento, le operó... Y, como se dice en, estos casos, el milagro se hizo.

»Marcel fue ya otro. La sombra de su dolencia se eclipsó definitivamente. Creo que fue un golpe demasiado duro para su familia. Ellos esperaban que todo sucedería tan pronto... No podían hacerse a la idea de que Marcel, un hombre joven, fuerte, saludable

ahora, tenía para muchos años de existencia a partir de ese momento.

»Después de todo, ni ellos ni nadie podían prever lo que sucedería luego. El accidente...

»El estúpido, extraño y mortal accidente. La muerte, súbita, inesperada, de un hombre lleno de vida, que se creía rescatado de la muerte. Y ésta no le había dejado ir muy lejos. No renunciaba fácilmente a su presa...

»Pobre Marcel...

»Fue más piadosa esa forma de morir, porque ni siquiera sufrió. Pero también resultaba más cruel, porque llegaba estando él en la plenitud de su ansia de vivir. La vida es cruel a veces. La muerte, lo es siempre.

»Marcel se quedó enterrado en el pequeño cementerio familiar de *Tour du Lac*. Allí está ahora...

»Y yo me alejo. Me alejo de él, de su recuerdo acaso, de su proximidad intangible...

»No. No es de él de quien me alejo. No tengo por qué. El mundo de Marcel no me asusta. Son... son ellos. Sus parientes. Acaso algo más, no sé.

»A veces tengo la impresión de que *Tour du Lac* no es un sitio como los demás.

»No creo en hechicerías, ni en fantasmas, pero...

»Confieso que sí. Tuve miedo. Huí de allí. Confiese también que cuando me despedí de Agnes, sentí un escalofrío.

»Creo que fue por lo que dijo. Aquellas extrañas, inquietantes, oscuras palabras suyas, teniendo su mano en le mía, mirándome fijamente, aunque creo que sin verme siquiera, con su imaginación muy lejos de mi rostro y de mi persona.

»—¿Tú crees, Magali... tú crees realmente que todo lo que sucede es normal? ¿Tú estás segura de que Marcel...?

»Se detuvo ahí. Me acongojó. Hubiera querido leer sus pensamientos, saber lo que quería decir, pero no pude. Por eso la apremié, intrigada:

»—No te entiendo, Agnes...

»Y ella me contestó, con una vaga, fría sonrisa en su rostro hermético:

»—Magali, nadie ha hablado jamás de ello en esta casa todavía. Pero creo que, en el fondo, todos lo pensamos. Querida, ¿tú crees en verdad que la muerte de Marcel... fue un accidente?

»Me asustó. Creo que hablé por rechazar la horrible sugerencia:

»—No, no puedes decir eso, Agnes. Marcel... Marcel nunca se... se suicidaría.

»—Suicidio... —Agnes suspiró, impasible—. No dije eso, Magali.

»—Entonces... Entonces, ¿qué quisiste dar a entender con eso? Si no fue un accidente ni un suicidio...

»Me detuve horrorizada. Sentí un ramalazo de frío espanto dentro de mí. Agnes en cambio estaba tranquila cuando afirmó, casi siniestramente:

»—Sí, Magali, querida... Si no fue nada de eso... fue un crimen».

CAPÍTULO II

—¿U N crimen?

—Sí, realmente horrible. Un crimen sangriento, espeluznante de veras...

—Vamos, vamos, Nadia, olvídate de esas tonterías —rió de buena gana Burton Casey—. Tu afición por los crímenes espantosos, empieza a ser como una obsesión.

—Te aseguro que esta obra está basada en hechos verídicos, y que el crimen que aquí tiene lugar, sucedió realmente como aquí se asegura —afirmó Nadia Farrow, agitando el volumen.

—Muy bien, Nadia Farrow —suspiró Casey, resignado—. Respetaré tu crimen, palabra. Pero respeta tú mi horror a los crímenes, y recuerda lo que dijo el médico, antes de marcharnos de Nueva York: nada de emociones fuertes para mí, nada de impresiones angustiosas. He pasado ya suficiente angustia como para no desear enfrentarme a situaciones desagradables en toda mi vida.

—Perdona —dejó el volumen sobre el mueble inmediato.

—No tiene importancia —rechazó Burton, risueño, con un gesto de su mano—. Estaba bromeando, la verdad. Creo que tu afición a esos horrores es perfectamente inofensiva. Pero yo no la comparto.

—¿Nunca has leído libros de intriga? —se sorprendió Nadia.

—Me basta con lo que exhibe la televisión y lo que proyectan los cinematógrafos. A veces voy al teatro por evadirme de tanta violencia, tanto crimen y tanta sangre. Son ya las doce —comentó—. Será mejor que nos retiremos a descansar, Nadia.

—¿Descansar? —ella le contempló con ironía. Se echó atrás en la litera. Empezó a soltar lentamente, botón a botón, su vestido de corta falda.

—Eres un diablillo —masculló, sacudiendo la cabeza—. Recuerda lo que dijo el médico: nada de emociones fuertes. ¿Crees que él aprobaría lo que estás haciendo ahora?

—Seguramente no —rió Nadia, incorporándose y puesta de rodillas en la litera—. Vamos, cariño. ¿Qué puede preocuparte ahora el médico y todas esas teorías? Estás curado, sano y fuerte como nunca. Tu bache quedó atrás. Eres otro. ¿O no, Burt?

—Por lo menos, lo intento —suspiró Casey, riendo. Se inclinó sobre Nadia y la tomó en sus brazos. A espaldas de Burton, las manos de ella manipularon diestramente, moviendo un interruptor. Se apagó la luz en la cabina del coche cama.

Burton Casey se sentó en el borde de la litera. Encendió un cigarrillo. Miró a Nadia. Dormía, derramada su melena pelirroja sobre la almohada. Miró su reloj. Eran las doce y algunos minutos, muy pocos. Alzó la cabeza. Golpeaban suavemente la puerta de la cabina.

Se incorporó. Ella dormía. No era preciso despertarla. Echó también el cobertor y dejó la misma luz indirecta tamizada, sobre su rostro y su melena roja. Tomó los dos maletines, y abrió la puerta del pasillo. Aguardó. Los funcionarios de la aduana francesa recorrían ya el coche-cama. Salían del compartimento vecino. Una joven rubia, de cabello lacio, suavemente dorado, se despedía cortés de los aduaneros franceses:

Antes de cerrar, se quedó mirando hacia él. Sus ojos chocaron. Las verdes pupilas de la rubia joven revelaron repentino recelo, hostilidad, desconfianza. Cerró la puerta. Sonó, seco, el pestillo.

El empleado asomó, examinó los maletines abiertos, sobre la cama. Eludió mirar a la dama pelirroja. Revisó en un santiamén el equipaje y dio el visto bueno, saludó a Burton con un par de dedos en el borde de la visera de su gorra, abandonó la cabina.

Burton optó por quedarse en el pasillo fumando. El convoy, minutos después emitió un largo sonido de aviso, y reanudó la marcha. Los aduaneros eran prácticos y veloces en el cumplimiento de su misión. El ferrocarril nocturno reanudaba su marcha, ahora ya sobre suelo francés en dirección a París.

Los ojos oscuros, pensativos, del pasajero del B 20, contemplaron el rápido desfile de las luces de la pequeña población fronteriza, del puesto de Aduanas, y de los accesos a las vías de les

chemins de fer de Francia.

En realidad, mientras lo hacía, su mente estaba muy lejos de allí. En su propio país lejano, en su vida anterior, en su reciente viaje a Europa...

A veces, las cosas ocurrían así. Inesperada y fantásticamente. Poco tiempo atrás, ni siquiera se le podía ocurrir que él estuviera en Francia, acercándose a París en un expreso nocturno, con Nadia Farrow en su cabina.

Para Burton Casey, que creía haberlo vivido todo o casi todo pese a su juventud, esto de ahora tenía mucho de excitante. Se preguntaba si en realidad todo iba a terminar allí, o bien nuevas emociones y sorpresas aguardaban a cada recodo de su nuevo y extraño sendero hacía ninguna parte.

Le causó risa pensar de repente en lo anterior. En los Estados Unidos, su tierra natal, en Nueva York y todo lo demás. En Vanessa, por ejemplo... Y en tantas otras cosas que ahora parecían no tener ningún sentido para él.

También pensó en el doctor Keller y en sus sorprendentes métodos, que no hubiera sabido si catalogar como científicos o mágicos. Acaso poseían un poco de cada cosa. Porque, desde el día que entró en su clínica hasta que salió de ella, una profunda transformación, que iba más allá en la psiquis, de la personalidad propia, de su mente y de sus convicciones, se había operado en él. El neurótico alcoholizado que entró allí, en nada se parecía al hombre jovial, fuerte y decidido que abandonó un día la famosa y nada prestigiada por cierto Psychiatric and Psychical Center.

Para la gran mayoría, el doctor Rufus S. Keller, era simplemente un curandero. Un hombre indigno de ostentar el título de médico. Pero tenía su carrera terminada, y era un médico, mal que les pesara a los demás. Eso, nadie podía alterarlo ni tergiversarlo.

Burton Casey sabía bien que era un médico. Pero no hubiera podido afirmar o negar si, a la vez, era igualmente curandero. Fuese lo que fuese, le debía el ser un nuevo Burton Casey, audaz y fantástico, risueño y jovial, agudo y ocurrente. Ser un hombre que volvía a sentir circular sangre por sus venas, en vez de alcohol puro. Y lo más curioso de todo eso, es que ni siquiera tenía que privarse del alcohol para mantenerse en su nuevo estado. Podía beber, y el vicio no volvería. Podía beber, y ya jamás sería por ello un

alcohólico.

Burton Casey suspiró, rompiendo el hilo de sus pensamientos. Se le había apagado ya el último cigarrillo, al llegar la brasa al principio de la boquilla del filtro, y lo tiró contra el suelo, pisándolo. A continuación, miró hacia el fondo del pasillo.

Su mirada se tropezó con un hombre no muy alto, ancho y macizo, vestido con ropas oscuras, y cuyos ojos aparecían invisibles tras las gafas negras, redondas y espejeantes.

El hombre estaba al final del corredor del coche cama, apoyado en la pared del vagón, leyendo un diario belga. Cosa curiosa: no se quitaba los guantes ni siquiera dentro del vagón, dotado de aire acondicionado caliente.

Burton regresó a su cabina y cerró. Nadia aún dormía profundamente. Con rapidez, Burton regresó al corredor, sin hacer ruido.

Estaba desierto. El hombre de las gafas negras ya no estaba allí. Pensativo, Burton se encerró definitivamente en su cabina, y comenzó a desvestirse, para dormir también, en la litera superior a la que ocupaba Nadia. Tardó poco en dormirse.

CAPÍTULO III

MUERTO. Está muerto, señora... Nada se puede hacer por él...

Le vio allí, frente a ella. Muerto, como decía el jardinero de *Tour du Lac*. Nada podía hacerse por él. Nadie podía hacer nada, ni siquiera ella misma.

Marcel estaba muerto. Aplastado contra la hojarasca, al pie de la muralla sur de la Torre del Lago, allí donde el pequeño lago se estrechaba y el canalillo de agua formado, regaba las tierras de labranza inmediatas a la finca, ardiéndose entre vericuetos de espesura y arboledas, de sauces llorones, colgando sus ramas tristes sobre la superficie del agua.

Veía a Marcel como lo había visto aquel día. Con igual nitidez, con la misma precisión. Sus brazos doblados, sus manos crispadas entre la hojarasca otoñal... La espesura tenía tonos dorados y amarillos, los árboles estaban desnudos repentinamente, y las aguas corrían grises en vez de azules, hacia tierras de labranza recién mojadas por llovizna de aquellos días.

El sendero de piedra de la vieja muralla aparecía resbaladizo por esa misma lluvia. Tan resbaladizo, que incluso ella y el jardinero Van Druten habían tenido que caminar cuidadosamente hasta el punto donde éste halla el cuerpo de Marcel.

Despertó justamente entonces, con su último grito cuando se arrojaba sobre el cuerpo inmóvil de Marcel.

Despertó, incorporándose de un salto, empapada de sudor, transpirando todo su cuerpo, adherida la ropa interior a su vientre donde las gotas de sudor se deslizaban fríamente, a sus muslos y pantorrillas, mojadas por una delgada película de transpiración.

—Marcel... —jadeó roncamente, convulsa y estremecida

contemplando la oscuridad, lo que le pareció oscuridad e principio, trasladada desde la tarde lluviosa de Bélgica a semipenumbra de su cabina, con una leve luz azulada encendida sobre su litera.

Luego, esa claridad lívida le reveló formas, objetos, recordó dónde estaba. La transpiración bajo su cuerpo confirmó ese recuerdo. El tren, la noche, Bélgica, Francia, París...

No era la primera vez que sufría una pesadilla semejante. Tampoco sería la última, estaba bien segura de eso. Desde que murió Marcel y ella heredó su fortuna, como única heredera reconocida por él, el sueño se repetía con terrible insistencia.

Atrás, quedaba *Tour du Lac*. Y en *Tour du Lac*, estaban ellas: Agnes, Denise y Alain.

Ella había leído el odio, el rencor, la codicia en sus ojos, cuando estaba en *Tour du Lac*. Eran capaces de todo. La odiaban. Deseaban destruirla, ella lo sabía. Y luego había un tipo misterioso y desconocido que incluso le envió aquel enigmático y breve mensaje:

«Señora:

»¿Dónde está lo que es mío? Marcel lo tenía. Marcel ha muerto. Usted sabe dónde está. La veré pronto. Téngalo a punto. Lamentaría tener que hacerla daño para recuperarlo.

»V.».

Una letra v. Eso era todo. Una firma que nada decía. Pero el texto era amenazador. Pedían algo que ella no sabía siquiera lo que podía ser. Debía entregarlo. ¿A quién? ¿Por qué? ¿Qué era en realidad?

Marcel nunca le habló de nada semejante. Nunca le mencionó ese asunto. Pero el personaje existía. v, era una realidad. Más tarde, tras demostrar que existía y era capaz de escribir un mensaje enigmático, oscuro y amenazante, demostró que también tenía voz, aunque falseada, disfrazada lo más posible por el receptor telefónico, cuando hizo aquella llamada...

—¿Señora? —empezó preguntando. Luego puntualizó—: ¿Es usted la esposa de Marcel?

—Soy su viuda —había respondido ella, algo seca—. ¿Quién es usted?

—Soy V, señora. v, ¿recuerda?

Claro que recordaba. Se había estremecido. Un terror indefinible sacudió su ser en ese momento, y su voz tembló ostensiblemente al responder, apretando los dedos crispadamente, en torno al teléfono:

—Claro. Le recuerdo bien. ¿Qué significa esa «v»? ¿Qué quiso decirme con su mensaje?

—Vamos, vamos, señora —sonó una risita. Lo mismo que la voz, aquella risa parecía forzada, disfrazando una voz con timbre acaso muy diferente a aquél con que sonaba por teléfono, sordo y ronco—. Usted sabe bien lo que es y lo que significa.

—¡Le juro que no! Marcel nada me dijo, no tengo idea alguna sobre el asunto... Dígame de lo que se trata, y veré de complacer su deseo, si realmente es algo suyo lo que reclama.

—Marcel no pudo ocultarle eso, señora —se obstinó el comunicante—. Si lo hubiera hecho, de todos modos, usted podría averiguarlo por sí misma... De cualquier modo, me comunicaré otra vez con usted. No deje de esperar mi llamada o mi carta. Entre tanto, vale más que agudice su ingenio o trate de refrescar su memoria. No quiero perder más tiempo con pretextos.

—¡No son pretextos! —Casi gritó ella—. Le juro que nada sé...

—Bien, señora. De todos modos, aguarde. Me pondré e contacto con usted muy pronto. No intente ninguna tontería, o será mucho peor. Le aseguro que soy una persona muy poco comprensiva. Me dolería tenerle que causar algún mal irreparable, mi querida señora...

Colgó, sin añadir más.

Ahí había terminado todo. Ella tenía miedo. Demasiado miedo. A todo y a todos. A Agnes, a Denise, a Alain... y «v». Sobre todo tenía más miedo a «v» que a ninguna otra persona. ¿Quién podría ser aquel «v»?

Y se marchó. Huyó.

Era una fuga alocada, quizás ridícula e injustificada. Pero dejó *Tour du Lac*. Escapó de todo aquello. No sabía si era una medida prudente o estúpida, pero lo hizo, sin meditarlo más.

Alzó el rostro lloroso. Se pasó una mano por la frente, apartando de ella un mechón de cabellos rubios, que se fueron atrás, entre su revuelta melena.

—Soy una estúpida... —se dijo, tratando de animarse—. Solamente tuve un sueño. No debo asustarme, no debo tener miedo.

No huyo de nada ni de nadie. No hay sino sombras a mi alrededor. Y en mi mente, y en mí misma. Sombras sin forma. No hay nada ni nadie. Es mi imaginación. Sólo eso. Todo lo creo yo, lo pienso, lo sospecho... Pero no es real, no puede ser real.

Respiró hondo, se sintió aliviada, y se dispuso a tenderse en su litera y tratar de dormir nuevamente. Tomó antes un cigarrillo de su bolso. Encendió con su encendedor de oro, regalo de Marcel para el aniversario de su boda...

Lo contempló, pensativa. Vio las iniciales entrelazadas, A M., de «M. A Magali, de Marcel...».

Magali suspiró, entornando sus ojos pensativos, profundos. Guardó el encendedor. Aspiró una bocanada de humo, y la brasa del cigarrillo fue como una roja estrella bailoteando en la penumbra azul de la cabina del coche-cama.

Luego, repentinamente, ella emitió un gemido ronco, sordo, estremecido. De su mano, cayó el cigarrillo, rodando encendido sobre las sábanas.

Quiso gritar, y no le fue posible. Se quedó con la boca abierta, los ojos muy dilatados, fijos en la puerta de si cabina. Un escalofrío la convulsionó, y el color huyó de si rostro.

La puerta... La puerta de la cabina. El pestillo...

El pestillo se movía lentamente. Giraba, despacio, en silencio. Estaban intentando abrir su puerta, entrar en si cabina.

El largo grito de terror arrancó a Burton Casey de si profundo sueño.

Se incorporó, sobresaltado, en su lecho. Escuchó, en la penumbra azul, y captó sollozos y un nuevo grito más ronco y apagado. Abajo, en la otra litera, Nadia se revolvió, murmurando algo, entre dormida y despierta, todavía en la bruma de la consciencia incompleta.

En el corredor hubo pasos precipitados pero suaves, alejándose. El fino oído de Burton Casey, captó un chirrido especial, el que producirían unos zapatos demasiado nuevos y de fuerte material.

Saltó de la litera sin esperar a más, y tiró de la puerta, saliendo al exterior en pijama.

—Aún llegó a tiempo de ver la figura doblando el recodo donde terminaba el corredor del coche cama, por su parte exterior.

Miró, preocupado, a la cabina B 22, inmediata a la suya.

De allí habían salido los gritos y sollozos, estaba seguro de ello oído y captó gemidos ahogados. Golpeó con energía puerta.

—¿Se encuentra bien? —indagó. Y seguro de que era una mujer la que se quejaba, evocó a la damita rubia de ojos azules, apenas entrevista anteriormente—. ¿Se encuentra bien, señora o señorita? Soy su vecino de cabina. ¿Qué le ocurre?

—La puerta... —oyó musitar dentro, trémula—. La puerta... Trataban de abrirla... Alguien trataba de entrar mientras dormía...

Burton se volvió. El mozo de Wagon Lits acudía presuroso, con ojos dilatados por la curiosidad y la sorpresa, había salido de una cabina situada al extremo opuesto del coche cama, donde tenía su alojamiento durante la noche.

—¿Qué sucede? —preguntó el empleado—. Oí gritos de mujer...

—La ocupante de esta cabina —dijo Burton—. Parece que alguien quería entrar en su compartimento, por lo que ha dicho, y yo he visto huir a alguien como si hubiera sido sorprendido en algún acto reprochable.

—¿Usted vio eso? ¿Hacia dónde vio huir a esa persona? —Por allá—. Burton caminó hacia el final del coche.

—Usted compruebe si la señora o señorita está bien, o iré a ver lo que ocurre.

Se alejó Casey coche adelante, hacia su parte posterior, alcanzó la plataforma, sin ver a nadie. Asomó al vagón inmediato. Era un coche de literas colectivas. No vio a nadie en el pasillo, y las puertas aparecían cerradas y veladas.

Casey suspiró, haciendo un rápido cálculo mental, el fugitivo, si era ágil y tenía prisa por escurrirse, pudo muy bien salvar la distancia que representaba ese vagón, en una vertiginosa carrera. No era imposible aunque sí requería de agilidad sorprendente.

Se aventuró. Cruzó la comunicación entre ambos vagones y se lanzó a la carrera por el pasillo, procurando no producir ruidos que molestasen a los durmientes. Así hasta al lado opuesto del vagón, y examinó la plataforma que comunicaba con un coche de primera clase. En el pasillo vagón de butacas, descubrió a unas cuantas personas charlando y fumando, ante la puerta abierta de compartimento.

Resuelto, llegó hasta ellos, tras comprobar que nadie se ocultaba en la plataforma. Miró a un hombrecillo rechoncho, de americana

cheviot a cuadros azules y gris que fumaba una pipa aromática. El rostro rubicundo afable, le pareció honrado.

—Perdone, señor —preguntó en su mejor francés—. ¿Ha visto pasar por aquí a un hombre que tenía bastante prisa? Debió ser ahora mismo, y proceder de donde yo llego...

—No, *monsieur* —replicó—. No vimos a nadie. Desde hace más de veinte minutos, no pasa persona alguna por aquí. ¿Ocurre algo de particular?

—Oh, no, nada —rechazó Burton, evasivo. Sencillamente, creí ver a un amigo, le busqué, y no lo encontré. No puedo saber si era mi amigo o no. Buenas noches.

Burton regresó al coche de literas, diciéndose que indudablemente, su hombre estaba allí. Quienquiera que fuese a abrir la puerta vecina, la B 22, se había metido en un apartamento del coche de literas colectivas.

Se detuvo ante el lavabo de aquel vagón. Observó que no estaba cerrado ni ocupado. Tuvo una repentina idea, y abrió la puerta, asomándose.

Recibió un mazazo en plena nuca, apenas su cabeza apareció dentro del lavabo.

Fue un golpe seco, violento, contundente. Sintió el estallido de mil lucecillas ante sus ojos, y el cráneo pareció reventar y volatilizarse en fragmentos. Quiso alzar la cabeza, ver quién le había golpeado, y no pudo hacer nada, solamente tambalearse, ir contra la pared, y luego derrumbarse, de bruces contra el suelo del angosto servicio solitario del coche de literas.

Eso fue todo lo que supo. Después, no supo nada de nada. No se enteró de nada. Una masa de tinieblas sin fondo, le habían engullido para entonces.

—Parece que ya está mejor...

—¿Sufre alguna herida seria?

—No, ninguna, afortunadamente. El corte en el occipital, su cuero cabelludo. Es todo. Le he cogido dos puntos de sutura y le he cubierto con ese apósito. Será suficiente por el momento. Pero pudo haberse matado.

Tenía como un velo de niebla ante sus ojos. Ser trepidar el suelo bajo su cuerpo, y una mano suave, fresca y amorosa, acariciaba

muy agradablemente sus sienes, su rostro sudoroso, e incluso su cuello y torso desnudo.

Pero la urgencia de saber lo ocurrido, de tener plena conciencia de lo que había pasado anteriormente, le espoleó a combatir esa sensación de sopor dulzón y amable, se rehízo con energías, y se irguió en el lugar donde estaba tendido, a costa de sentir un agudo dolor en la nuca.

—No, no, Burton... Reposa. Reposa, amor... No te muevas.

—Nadia... —masculló. Y oprimió su mano con fuerza. ¿Qué fue lo que pasó, cariño?

—Recibió un fuerte golpe en la cabeza, eso es todo —terció la voz de un hombre, junto a él, en un inglés incorrecto y voluntarioso—. Debe andar con más cuidado.

—¿Quién me lo dio? —preguntó Casey, irritado.

—Diga mejor qué le golpeó. Nadie tuvo culpa de ello. Entró usted en un lavabo, en el que debía de haber una plancha de hierro del compartimento situado sobre puerta, para usos de urgencia tales como utilización de botiquín o material sanitario que encierra, destornillada algunos puntos. Es la plancha que sirve de cierre al compartimento. Quizás ya vacilante, al abrirse la puerta con brusquedad, cedió, desprendiéndose por completo, alcanzándole con el pico de metal en el occipital. Sufrir una herida poco seria, pero el impacto le desvaneció. Eso fue todo.

Burton Casey se disponía a protestar, recordando que golpe le llegó cuando ya cerraba la puerta y él estaba dentro del lavabo del coche de literas. Pero se detuvo, cauto, pensando que provocaría el recelo de los demás, pensarían que él era un visionario.

—Sí, entiendo —afirmó—. ¿Hallaron la plancha de metal me hirió?

—Justamente a su lado, con huellas de sangre en su ángulo. Los tornillos se habían desprendido por completo.

—Comprendo —musitó. Luego, miró a los demás ocupantes de la cabina donde había sido introducido, descubrió a Nadia, a la dama rubia de los verdes ojos, vestida con un salto de cama, muy pálida y preocupada. La miró, sonriendo—: ¿Descubrieron ya el motivo de que alguien quisiera abrir su cabina, señorita?

—Parece ser... que suponen que fue todo por error... —dijo la rubia vecina, no muy convencida.

—Seguro que lo fue —afirmó el mozo del coche cama, estaba en la puerta de la cabina, pendiente del estado de Burton—. Y al oír el grito de la señorita, escapó asustado. Ocurre muchas veces con los que se confunden de cabina, sobre todo si ésta es de una mujer.

—Bien, entonces nada sucedió. Fue todo accidental —dijo Burton, sin desviar su mirada pensativa de la joven de ojos verdes—. Lo celebro por todos, incluso por mi cabeza.

El mozo del vagón y el médico que ocupaba circunstancialmente otro departamento, se retiraron, Burton se percató entonces que no se hallaba en su cabina.

—Es la mía —dijo la vecina del cabello rubio—. Le trajeron aquí porque sangraba y convenía atenderle cuanto antes. Si quiere, puede quedarse ahí, y yo compartiré con su esposa la otra cabina...

—No, no —rechazó Burton, vivamente, intentando incorporarse—. Yo iré allá y...

—Es mejor que te quedes ahí, querido —habló suave, dulcemente, Nadia Farrow—. Nosotras dormiremos en las dos literas. No teniendo inconveniente esta señorita, creo que será lo mejor...

—Claro que no tengo inconveniente —se apresuró a decir Magali—. Después del susto sufrido, incluso será agradable sentirme acompañada... si a ustedes no les importa.

—Encantada, querida —asintió Nadia, amistosa— le ayudaré a pasar sus cosas a la cabina nuestra, si lo prefiere.

—Sí, gracias —aceptó ella.

Subió la escalerilla adosada la rubia joven, tomando un maletín azul. Burton no pudo evitar, desde su postura descubrir una atractiva panorámica de las piernas de desconocida, entre revuelos de nylon rosado.

—Deseo que pase buena noche, señor —habló su vecina cordialmente—. Y lamento que eso le sucediera por mi culpa. No debí gritar de ese modo.

—No tuvo importancia —sonrió Casey, agitando su mano. Y luego, al acercarse Nadia besó sus labios y él respondió a ese contacto cálidamente—. Hasta mañana amor. Cuidado, llámame, cariño.

—No creo que lo haga —bostezó él—. Tengo sueño, cansancio, y me duele mucho mi pobre cabeza. Hasta mañana. Poco antes de

llegar a París, llámame.

—Lo haré. Desayunaremos en el coche restauran mientras nos acercamos a la capital. Felices sueños, amor.

Cerraron su puerta. Casey no se molestó en asegurarla, no era una damisela asustada. Se tendió de lado procurando no tocar con la nuca herida en la almohada, rostro, el pegado a las sábanas, le permitió captar el aroma agradable cuerpo femenino.

Repentinamente su mirada quedó prendida en la redecilla del muro, la utilizada para depositar magazines y periódicos. Había dos diarios belgas de la tarde, y un ejemplar de Life.

También había algo más. Un pequeño libro de tapas azules. Lo tomó, curioso. Abrió la cubierta. Leyó.

«Agenda propiedad de Magali Durand. Brujas, abril del 1966».

Abrió la agenda, tras una sorda lucha interior con sus escrúpulos y también con su somnolencia y aturdimiento a causa del golpe sufrido y el dolor de la herida cosida por el médico en la primera cura urgente.

Leyó la primera frase del texto apretado, menudo, que llenaba las páginas de bordes dorados de la agenda de Magali Durand:

«19 de abril.

»Hoy se cumple el aniversario. El primer año de casados.

»Hoy inicio estos apuntes de mi vida, que no sé siquiera si merecerá la pena que sean un diario. Al menos, trataré de que sea una especie de diario informal, un resumen de muchos de mis sentimientos, de mis pequeños incidentes, de mi vida con Marcel, en este lugar a la vez maravilloso y horrible.

»Yo sé lo que digo. Sé lo que siento aquí, en Brujas. Aquí, en *Tour du Lac*... Marcel me ama, bien lo sé. Marcel es un hombre encantador y solícito conmigo. Hace doce meses que nos unimos en matrimonio, en Amberes. Nos habíamos conocido en Londres, nos encontramos nuevamente en Ámsterdam, y ya no volvimos a separarnos al reunirnos en nuestra cita en

Amberes, aquel diecinueve de abril de 1965, en contrajimos matrimonio casi inmediatamente. Fue un hermoso y breve romance de amor, como los que inician los relatos románticos. Sólo que ese romance no ha seguido siendo el ideal que sueña una joven ilusionada. Tal vez porque la vida nunca es en realidad una novela amorosa, sino estrictamente eso, una realidad, cruda y desnuda.

»No culpo de ello a Marcel. Él no es responsable de eso. Su finca sería maravillosa. Un lugar de ensueño en un mundo fantástico, que conserva todo encanto medioeval, todo el aire novelesco e increíble de un viejo Flandes de capa y espada, de una asombrosa Venecia nórdica, con sus canales, su clima húmedo, sus brumas y sus perfiles arquitectónicos como un lugar donde el tiempo se ha detenido acción de algún mágico influjo.

»No, la culpa no ha sido nunca de Marcel. Son ellos. Ellos...

»Esos horribles Alain, Agnes y Denise. Ellos tienen la culpa de todo. No les ha gustado mi presencia en *Tour du Lac*. No les gusto yo. No por ser yo. Es que tampoco les hubiera gustado otra mujer cualquiera para su tío Marcel.

»Se llevaron un chasco. Una desagradable sorpresa sin duda, al regresar Marcel completamente curado tras la intervención quirúrgica y el tratamiento, era otro hombre. Seguía siendo joven, naturalmente. Su primer matrimonio con la muy rica señorita Haubret que con su dinero salvó *Tour du Lac* y salvó también a los Durand de la ruina definitiva, apenas si había dejado huellas en él. Fue todo demasiado breve, según decían. La señorita Haubret, convertida en *madame* Durand, solamente duró dos años como esposa de Marcel. Aquella dolencia repentina y estúpida, hizo presa en ella. Murió la dama, y Marcel se quedó solo. La fortuna de la señorita Haubret, carente ella de familia, fue toda para Marcel. Esa misma fortuna que le había permitido

reconstruir *Tour* du Lac y evitar el derrumbamiento familiar. Los sobrinos, naturalmente, habían acudido, como buitres al festín. Siempre los sobrinos. Esos malditos Alain, Agnes, Denise... Marcel curó su cáncer en Londres. Me contó todo en Ámsterdam, cuando fue a esa ciudad. Marcel y yo simpatizamos, profundamente, lo admito. Yo no pensaba en su dinero. No pensé en ello nunca, porque ni siquiera sabía que Marcel era rico. Imaginaba una posición desahogada en él, pero no una gran fortuna. Me equivoqué. Marcel era muy rico. Sólo que eso, lo supe cuando ya éramos marido y mujer».

CAPÍTULO IV

TOUR du Lac... Torre del Lago... ¿Dónde está el lago, Marcel?

—Lo verás luego —rió él, con amplia jovialidad—. Lo primero que verás ahora, será la casa, sus dependencias, las caballerizas, las tierras de labranza...

—Tiene que ser muy grande, Marcel.

—Lo es. Muy grande. Estuvo hipotecada dos veces. La última, creí perderla definitivamente. Eso fue antes de morir mi primera mujer, la infortunada Eliane. Ella odiaba todo esto.

—Odiarlo... —se extrañó ella—. ¿Por qué, Marcel?

—Nunca lo entendí muy bien —se encogió él de hombros—. Entonces vivíamos solos. Ni siquiera estaban mis sobrinos. Solos con el jardinero Van Druten y con mi ama de llaves la señora Clémentine Verneill... una excelente mujer. A ella, sin embargo, todo esto le disgustaba profundamente. Cogió antipatía a *Tour* du Lac, incluso le llegó a aborrecerlo. Y creo que, casi, casi, a sentir miedo.

—¿Miedo? —Magali frunció su ceño—. ¿Miedo a qué? Es hermoso todo esto...

—Es lo que decía yo siempre, pero ella no quería admitirlo así. Le tenía horror. No quería pagar la hipoteca sólo por el placer de ver desaparecer este lugar. Le prometí que, pese a todo, salvase o no este lugar, nos iríamos a vivir a Bruselas, o a Francia si lo prefería. Pareció contenta con esta medida, y se dispuso a pagar la hipoteca, finalmente. Fue entonces cuando enfermó —se interrumpió de pronto, como si le disgustase hablar de aquello, y dijo—. Ven, te presentaré a mi ama de llaves la señora Verneill, una excelente mujer, al jardinero Ryck Van Druten, a la doncella Lucille Remy y a

mis parientes Alain, Denise y Agnes.

A Magali no le gustó ninguno de los tres. Agnes y Denise, de pelo castaño una, y cabellos morenos la otra. De ojos pardos la primera, y negros profundos la segunda. De piel rosada Agnes, y de piel bronceada Denise. Entre ambas, Alain, moreno también, vivaz y nervioso, contrastando su cabello casi negro con el color gris pálido de sus ojos estrechos y fríos. Fino bigote, barbilla recortada, y figura esbelta, como de maniquí, vestida a la última moda masculina europea.

Magali fue presentada a todos por Marcel Durand, señor de *Tour du Lac*, con ceremonial digno de otros tiempos. La servidumbre fue cortés con ella. Los parientes también, pero en particular, frialdad en Agnes y en Alain. Solamente Denise se mostró cordial, estrechando las manos de Magali con calor, y besando sus mejillas, con una expresión afable en su rostro moreno, de centelleantes ojos negros.

—Bienvenida a *Tour du Lac*, querida —le deseó—. Eres más atractiva que Michéle...

—¿Michéle? —preguntó Magali, sorprendida.

—Mi primera mujer —susurró Marcel, con desgana. Sus ojos se fijaron en Denise con cierta ira—. No es un comentario muy piadoso, ¿no crees?

—No, no lo es —sonrió desafiante Denise—. ¿Para qué quería ella la belleza, si tenía dinero? Magali, te deseo más suerte y más larga vida que a ella, de todos modos —suspiró.

—Muy amable. —Magali la contempló fríamente. No sabía, cuál intención era peor allí pero, ciertamente, ninguna era buena. Por fin, los ojos de Magali se fijaron en Alain, último del grupo, el varón de la familia—. ¿Qué tal, Alain?

—Ya lo ves, querida Magali —sonrió el joven, con cinismo, hundiendo las manos en sus bolsillos—. Esperando los tres a heredar al enfermo y desahuciado tío Marcel..., apareces tú de repente. Está sano... y con esposa. ¿Se puede pedir algo peor para unos herederos necesitados de dinero?

—Alain, es vergonzoso que te expreses así —le replicó secamente su tío Marcel.

—Perdona si herí vuestra susceptibilidad, tío —se disculpó sarcástico el joven Alain—. Esta vez, imagino que tu nueva esposa

no es una millonaria, como Michéle. Es demasiado bonita, demasiado atractiva para eso...

—Estás insinuando que me casé con Michéle por su dinero, no por amor —murmuró Marcel, irritado.

—Vamos, vamos, tío, ¿crees que sería capaz de insinuar tal cosa? —protestó Alain—. Yo siempre afirmo lo que digo no lo insinúo.

No debió decir eso. Marcel perdió el control de mismo. Disparó de súbito su puño derecho. Éste machacó la mandíbula de su sobrino Alain, que cayó como fulminado a sus pies. Se quedó allí inmóvil, aturdido.

—Por favor, Marcel —pidió Magali, tomándole por un brazo e interviniendo en la difícil situación—. Vamos ya, deja todo eso. No es agradable llegar a presenciar algo así te lo aseguro.

—Sí, Magali, perdona —la miró, abatido—. Pero no conoces a mi familia... Vinieron solamente cuando supieron que yo poseía de nuevo una fortuna, tras haberse perdido por la Guerra Mundial la de los Durand... Estaban esperando heredarme, si mi tumor maligno era fatal, como creían todos. Pero he vuelto sano, curado de ese tumor... y con una esposa que me heredaría en vez de ellos. Eso es lo que no pueden soportar, querida. Eso es lo que ha hecho esta llegada tuya particularmente ingrata. Espero sepas perdonarles. No son ellos, a fin de cuentas, quienes deben preocuparte, sino yo mismo y mis sentimientos hacia ti. Y de eso, puedes estar completamente segura...

—Sí, Marcel, de eso sí que lo estoy.

Se alejaron, cogidas sus manos.

«19 de abril de 1966...

»Hoy se ha cumplido el aniversario de aquella fecha.

»Marcel me ha hecho hoy un hermoso regalo. Un encendedor de oro con las iniciales de ambos, en una dedicatoria simple: A M., de M.

A. Magali,

de Marcel.

»Creo que Marcel sigue enamorado de mí como el primer día. Acaso lamenta no haber tenido un hijo aún, ni tener esperanzas todavía de que venga. Las cosas

ocurren así a veces. Es posible que algún día llegue ese hijo. Sí, todo es posible, pero no por ahora. De cualquier modo, eso no parece hacer mella en su afecto hacia mí.

»Marcel me quiere. Me quiere, casi tanto como lo odian sus sobrinos. Quisiera que Alain, Agnes Denise no vivieran bajo este mismo techo, pero nada puedo hacer por evitarlo. Alain está enfermo. Algo en la sangre, creo yo. Agnes lleva la casa, junto con señora Verneill. Denise pretexto estudiar música e idiomas en Brujas, y viene cada atardecer, de regreso con su pequeño automóvil Fiat, a cenar y pernoctar en *Tour du Lac*.

»Últimamente, Marcel ha hecho varios viajes al extranjero. Viajes a otros países de Europa, Inglaterra... Nunca me dice a qué va. Pero viaja solo. Imagino que son, como él vagamente explica negocios suyos, cosas que no puede dejar de atender relacionados con sus antiguas actividades comerciales.

»La señora Verneill es relativamente amable conmigo. E incluso Van Druten, el jardinero. Pero la joven Lucille Remy, la doncella, no me soporta. Ni yo a ella. Es hosca, contestona y desabrida. Aquí, casi todo es así. Como la doncella Lucille, y como le parientes de Marcel.

»Por eso este lugar es, a la vez, hermoso y horrible. Por eso lo amo y lo odio al mismo tiempo».

Burton Casey bostezó. El sueño le vencía ya. Había soportado incluso demasiado, para lo que se podía esperar de un hombre herido y fatigado.

Aquel diario, sin embargo era apasionante en cierto modo. La historia de Magali Durand, su vecina de cabina en el vagón ferroviario, tenía cierto patetismo.

Ahora, el expreso volvía a acelerar. Su trepidación agitaba al sueño. De manos de Burton cayó la agenda de cubiertas azules, por una hoja donde se leía:

«27 de mayo de 1966.

»Hoy he tenido la primera noticia sobre la existencia
de otro Marcel Durand...
»O de su fantasma...»

Burton Casey se durmió en ese instante, luchando estérilmente contra el peso que lastraba sus párpados.

Luego, apenas unos segundos más tarde, el pestillo comenzó a girar en la puerta, sigilosamente. Muy despacio; la puerta de la cabina del coche cama empezó a ceder, a abrirse. El silencio era completo. Ni un chirrido avisó a Burton o al mozo que dormía cerca de la cabina, de la presencia del intruso.

Casey había quedado arrinconado contra la pared, medio cubierto por la sábana. En la penumbra, era difícil ver si se trataba de un hombre o de una mujer, en especial para una persona cuyos ojos no estuvieran habituados a esa levísima claridad reinante en la cabina.

El intruso avanzó. Avanzó despacio hacia la litera. Su mano salió del bolsillo. Una navaja automática se abrió con un chasquido seco. La hoja de acero, aguda y punzante centelleó de forma fugaz en la penumbra, herida por claridad azul de la lámpara indirecta.

Llegó junto a la litera. Vio borrosamente el cuerpo dibujado bajo la sábana. Alzó la mano armada, y apoyó otra en el borde de la litera, para tomar más impulso en golpe. La litera chirrió leve, muy levemente.

La navaja brilló, pendiendo sobre el dormido Casey. Luego, descendió vertiginosa, con su punta dirigida hacia espalda de la persona que reposaba allí...

CAPÍTULO V

ERA como si sólo un milagro de última hora pudiese librar al durmiente Burton Casey de la muerte.

Pero hubo algo menos que un milagro para salvar su vida. Súbitamente, cuando entre la hoja de acero y la espalda del americano quedaban cosa de cinco pulgadas de distancia, el cuerpo del durmiente se revolvió. Una mano se alzó veloz. Unos dedos nervudos, como cables de acero aferraron la muñeca del hombre armado. Otra mano voló hacia el individuo agazapado sobre la litera.

Hubo un grito ronco, una imprecación del agresor misterioso, cuando el cuerpo de Casey, todo nervio, vigor y energía, se disparó como un muelle contra el atacante, y puesto de rodillas en la litera, evitó no sólo la cuchillada de muerte, sino también que el atacante pudiera escabullirse tras el fracaso de su agresión.

Casey logró torcer la muñeca de su antagonista, nada débil en la pugna. Se irguió, tensos sus nervios, músculos y tendones, forzando al máximo su esfuerzo, para obligar al enemigo a retroceder y perder la iniciativa en la callada y violenta pugna de ambos hombres.

Por último, Casey logró dar un empujón al individuo que fue contra el armario de aseo de la cabina, golpeándose en el lavabo situado en el ángulo del angosto recinto vagón, con una sorda imprecación en ronco tono.

Luego, decidido, Casey saltó como un elástico felino sobre su adversario, antes de que éste pudiera rehacerse descargó un mazazo seco, violento, contra su muñeca armada. Con un aullido ronco, el intruso nocturno perdió su navaja, que rebotó por el suelo de linóleo, perdiéndose en algún oscuro rincón. Resuelto a terminar de

una vez la lucha, con Burton Casey se precipitó hacia su contrincante.

Éste era hombre de recursos. Aferró la escalerilla portátil para aplicarla a las literas y subir a la situada en alto y la descargó sobre la cabeza de Casey, con buen pulso y certero. Burton sintió una sacudida, como si su cráneo estallara, y sus oídos zumbaron violentamente, a la vez, todo en torno suyo daba vueltas y más vueltas, en alocado, feroz carrusel.

Su enemigo no aprovechó esa ventaja. Evidentemente daba por muy satisfecho con haberse deshecho del enemigo que estaba a punto de vencerle. Abrió la puerta con rapidez y salió al pasillo, desierto y en calma, alejándose con paso rápido, suave, silencioso.

Lenta, muy lentamente Burton, comenzó a rehacerse. Se incorporó. Fue a la puerta de la cabina, aferrándose por la pared donde colgaban las ropas. Asomó al exterior, ventanillas le mostraron rectángulos de noche oscura, y corredor, un largo y vacío silencio de extremo a extremo en el vagón de coches camas.

Dedujo la verdad: aquel individuo a quien intentó apuñalar no era a él, sino a Magali Durand, por eso, al comprobar que era un hombre y no una mujer quien le hacía frente huyó a toda prisa.

El sueño, el cansancio, incluso el dolor, habían reaparecido ahora, acaso motivado todo ello por la constatación de sus sospechas, de sus temores e inquietudes.

El ferrocarril, poco después se detenía, con un chirrido de frenos, en alguna parte.

Casey se acercó a la ventanilla. Se asomó.

Estaba lloviendo con cierta intensidad. La noche era oscura, pero algunas luces parpadeaban con un lívido color cárdeno en el cielo, allá en la distancia. Tormenta. Los relámpagos no estaban muy lejos. Oyó un tamborileo sordo, distante. El trueno...

Los expresos no acostumbraban a detenerse en tales sitios. Encendió un cigarrillo, esperando que el tren reanudase la marcha. Pero no ocurrió así. Terminó su cigarrillo sin que se hubieran movido del lugar.

Resueltamente, levantó el teléfono de comunicación. El mozo del coche-cama le atendió con voz somnolienta:

—Estamos parados en algún sitio sin importancia, ¿no? —indagó Casey—. Un apeadero o algo así... ¿Es normal esta parada?

—No, *monsieur*. Parece que ha ocurrido algo. Un desprendimiento de tierra o cosa parecida. No creo que la parada se prolongue mucho.

Dio las gracias y colgó. Un apeadero, tierras desprendidas y lluvia. Igual podía arreglarse en diez minutos que perder toda la noche, pensó Burton Casey con malhumor.

Optó por vestirse, para asomarse un momento al exterior. Posiblemente la lluvia y el aire frío de la noche tormentosa le sentaran bien y lograsen calmar sus nervios e inquietud.

Burton lo hizo como lo pensara. Caminó hasta plataforma y se detuvo en ella. Contempló el batir de lluvia sobre los peldaños de metal de acceso al vagón. Saltó al empedrado de la vía inmediata. Allí, con las manos en bolsillos, contempló el apeadero de Chateau-Oise. Un lugar pequeño, frío, desolado, solitario en plena campiña. Los relámpagos revelaron la proximidad de un cobertizo y embarcadero ferroviario inmediato, donde se apilaban mercancías. Un par de vagones de carga estaban en una vía muerta. Se detuvo junto a la 46.

Un empleado ferroviario que cruzaba con una lámpara de bolsillo.

—¿Tardaremos mucho tiempo aún? —indagó.

—No, no creo, señor. El teléfono del apeadero no funcionaba, pero parece que la línea ya está bien. Sólo esperamos a que nos comuniquen que se han apartado los obstáculos de la vía, para continuar. Según dicen, el desprendimiento fue en un alto, y cayeron rocas a la vía. No habrá complicaciones, según parece. Las brigadas están arreglando eso ya. Procure no alejarse mucho, no vaya quedarse en tierra, señor.

—No, gracias —rechazó Burton—. No me quedaré.

Continuó su paseo frente a la oruga de luz que era expreso, detenido en la vía, bajo la lluvia y la luz de los relámpagos. Hubo un estallido de luz cárdena sobre su cabeza. Todo se iluminó como si fuese de día. Después, el trueno restalló sobre el ferrocarril, como un estampido de una batería completa de artillería. Tembló el suelo, tembló el tren inmóvil, y pareció estremecerse la noche toda, arreciando la lluvia impetuosamente.

Despertó, sobresaltada.

Aquel estampido formidable, aquella luz cegadora, penetrando

hasta el fondo de sus retinas a través de la ventanilla, a través de sus párpados cerrados le hizo erguirse en el lecho, sentada entre las sábanas revueltas.

Magali respiró profundamente y su corazón latió desacompañado, recordando una escena algo similar a aquélla.

—Marcel... Marcel, ¿qué haces aquí?

Él se volvió. La miró con ojos extraviados, bajo el alud agua torrencial que batía furiosamente los jardines y tierras de cultivo. Incluso los canales discurrían crecidos, casi rebosantes de agua, y el tamborileo de la lluvia sobre su superficie, producía un estruendo que sólo podía borrar, de tarde en tarde, en estallido de las descargas eléctricas sobre es campos.

—Vas a terminar empapado, Marcel... —se quejó ella— te resfriarás si continúas ahí, soportando el aguacero. Marcel, por Dios, ¿por qué no entras en la casa de una vez? Fue sorprendente. Marcel la miró con ojos dilatados, llenos de sorpresa y desorientación. Luego, retrocedió, sin dejar de mirarla, hasta hundir sus zapatos en el agua de un charco. A Magali le sorprendió que Marcel tuviera puestos los zapatos de ante en un día como aquél, y no las botas goma para la lluvia. También le sorprendió que llevara chaquetón de cuero y un pantalón de pana, prendas que nunca le había visto antes. Incluso para trabajar el campo o los jardines, Marcel era siempre pulcro, cuidadoso en indumentaria. Ahora, bajo el agua, chorreando sus cabellos, mojadas sus toscas ropas, parecía un auténtico aldeano, un campesino vulgar, cosa que jamás parecía él en modo alguno. Incluso iba sin afeitarse, despeinado su cabello...

—Vamos, Marcel —le apremió ella, ante su mutismo. ¿Es que vas a continuar ahí a riesgo de coger una pulmonía? Entra y no hagas tonterías. Marcel, ¿por qué ese gesto, por qué esa actitud? ¿Qué sucede? ¿Viste acaso a algún fantasma?

Avanzó hacia él, le extendió su brazo, su mano abierta esperando tomar la suya en ella y traerlo hacia sí, dócil tiernamente. Marcel, en vez de ello, echó a correr, diciendo algo ininteligible entre dientes, y se perdió entre los setos de los matorrales, chapoteando sus pies en el fango. Magali echó instintivamente atrás, impresionada por el estallido chispazo eléctrico. Fue entonces cuando a su espalda oyó voz de Alain:

—¿Qué mil diablos haces por ahí, tía Magali? —preguntó,

áspero—. ¿Por qué llamas a tu marido a voces? ¿Te asusta la tormenta?

—Él se fue hacia allá —señaló al fondo del jardín Magali—. No comprendo lo que trata de hacer con este aguacero.

—¿Quién? ¿Tío Marcel? —se asombró Alain—. ¿Él se fue por ahí, has dicho?

—Eso es. Ahora mismo... No me atendió, no quiso escucharme... Es como si hubiese visto a un fantasma...

—Tú debiste ver a un fantasma, tía Magali —rió Alain—. Tus ojos te gastaron una mala pasada. Tío Marcel marchó a mediodía, después del almuerzo, mientras tú estabas en el jardín con Van Druten, hablando de tus gladiolos. Le vi salir con el Triumph. Iba a Brujas. No ha vuelto aún, tía Magali.

—Debió volver sin verle tú —rechazó Magali—. Comprenderás que no iba a confundirle con nadie. Estaba ahí mismo, con unas ropas extrañas...

—Te digo que no está el tío en casa. Vamos al garaje. Si el Triumph no está, es que no ha vuelto.

—Si pretendes volverme loca, no vas a lograrlo —replicó, glacial—. No será ése el camino por el que obtendrás tu herencia, Alain. Vamos a ver ese garaje ahora mismo.

El Triumph no estaba.

—Acaso volvió en el coche de Denise... —comentó entre dientes Magali, sin darse por vencida.

—No, tía, no es cierto —negó irónico Alain, plantado ante ella, con sus manos en los bolsillos—. Vi llegar a Denise. Venía sola. Si quieres preguntárselo.

—No hace falta preguntar nada —aseguró Magali, rotunda—. Marcel está aquí. Estoy segura. Yo no veo alucinaciones. ¿Qué tratas de probar con eso?

—No trato de hacer nada, tía Magali —suspiró Alain—, meando la cabeza de un lado a otro. —Imaginas cosas raras. No sería capaz de hacerte daño alguno, te lo aseguro, entre otras cosas, porque eres muy bonita, muy atractiva. No sería justo hacer daño a una mujer como tú...

—Soy la mujer de tu tío Marcel, recuerda. No soy una mujer a la que debas piroppear.

—¿Por qué no? —Alain se encogió de hombros—. Soy hijo de

una prima de Marcel que murió, no de una hermana. Nuestro parentesco es lejano, no directo. Y contigo no tengo nada que me una. Me gustas, Magali. Perdón, Magali...

—Eres un desvergonzado, Alain. Será mejor volver a casa.

—Espera, Magali —replicó él, tajante—. No irás a decir que eres un ángel de bondad, y sólo puede guardar caricias para Marcel. Eres muy joven. Sólo veinticuatro. ¿Me equivoco?

—No, no te equivocas. Cumplí veinticuatro hace poco tu tío, treinta.

—Falsa su edad. Son treinta y cuatro. Te lleva diez a ti largos. ¿Qué es lo que te atrajo de él? ¿Romanticismo, deseo, amor? Vamos, vamos, Magali, seamos francos. Tío Marcel tiene dinero. Mucho dinero. Una fortuna. Te casaste con él por su dinero, estoy seguro.

—Eres despreciable, Alain —le escupió ella, despectiva. Será mejor que me dejes salir de aquí. Esta conversación es absurda e irritante. Y duró ya demasiado...

—Magali preciosa —se acercó a ella—. Terminemos la conversación, si te gusta. Por mí no hay inconveniente. Cerremos la puerta del garaje. Nadie nos molestará, aseguro que yo te podré dar mucha más felicidad y más amor que tío Marcel. A cambio de eso, es posible que lleguemos tú y yo a un buen acuerdo...

—Alain, me das náuseas. Apártate o te apartaré yo. Es asqueroso lo que dices.

—No intentes apartarme —rió él—. No podrías. Y yo no me echo atrás ni hago remilgos si tengo que abofetear a una mujer o romperle el vestido a tiras, de modo que tú misma, querida tía Magali. Vamos, seamos sinceros. Estoy seguro de que eres también un buen pájaro, una de esas mosquitas muertas que buscan fácil fortuna. Y tuviste éxito, lo repito. Manejas a Marcel a tu gusto. ¿Cuál es tu plan? ¿Soportarlo siempre? ¿O escaparte con su dinero? No, eso sería nada inteligente. Y tú eres muy lista. Mucho más que eso... ¿Qué tal si... si matamos entre los dos a tío Marcel... y vamos a medias en los beneficios?

—¡Alain! —Lívida, ella retrocedió, con ojos dilatados—. Es... es horrible, monstruoso... Me das asco, me das pánico... ¡Déjame, déjame!

Trató de huir. Alain la retuvo, sujetándola férreamente contra sí.

Forcejearon ambos, en el umbral del garaje, junto a la a cortina de lluvia. Alain aferró su chaquetón amarillo, permeable. Tiró de él. Saltaron los botones. Ella le apartó un empujón violento, pero Alain volvió a la carga, y la acorraló, oprimiéndola contra el muro de ladrillo del garaje, Magali sintió su aliento muy cerca, la presión del joven reteniéndola allí por la fuerza. Súbitamente, la mano de Alain se alargó, aferrando su vestido de algodón. Tiró de él con mayor violencia que lo hiciera con el chaquetón impermeable. Los ojos de Alain eran los de una fiera, su boca crispada la de un fauno repugnante...

Magali logró meterle un rodillazo en el vientre, Alain, tosió, doblándose y Magali pudo entonces conectarle un zarpazo de sus uñas, directamente al rostro.

El joven aulló, exasperado, cubriéndose con ambas manos, y soltándola vivamente, en tanto unas gotas de sangre corrían entre sus dedos. En ese mismo instante, hubo el sonido de un claxon, al otro lado de la cortina de lluvia, y los potentes faros hendieron la sombra del atardecer, ya casi absolutamente oscura, dibujando el verdor húmedo y brillante, de unos matorrales y setos en el sendero.

Rápida, antes de que el automóvil doblarse el recodo, enfilando hacia el garaje, Magali echó a correr hacia la casa, dejando allí a Alain, con el rostro hendido por el arañazo violento, que trazaba cuatro surcos de sangre en su pómulos y mejilla.

Alain juró rabioso entre dientes, miró de soslayo al coche que llegaba, y se hundió sin pérdida de tiempo, en la espesura de un seto inmediato al garaje, alejándose de allí, agazapado.

El Triumph descapotable de Marcel, asomó por el sendero, recto hacia el garaje, donde poco después se detenía el vehículo. Se abrió la portezuela. Bajó del coche el propio Marcel, que cerró el garaje, con cierto gesto de sorpresa por hallarlo abierto, y se encaminó a la casa.

—¡Magali! —llamó repetidas veces—. ¿Dónde te metiste cariño? Ya he vuelto de Brujas.

Magali apareció arriba. Algo pálida, envuelta en una bata acolchada, con su cabello mojado.

—Marcel... —susurró—. ¿De modo que era cierto que te fuiste a Brujas?

—Claro, querida. Creí que la señora Verneill te lo habría dicho. Te vi tan ocupada con los gladiolos estropeados, que no quise molestarte despidiéndome de ti. Tenía algunas cosas importantes que resolver...

Ella le miró en silencio, advirtiéndole que iba bien afeitado, como en él era normal, su cabello mojado pero bien peinado, acaso no tan largo como antes le pareciera. Desde luego, llevaba chanclos de goma, pantalón gris, americana deportiva de mezclilla marrón... Sintióse extrañamente aprensiva, Marcel, ¿has estado todo el tiempo en Brujas?

—Por supuesto. Toda la tarde.

—¿Hasta que has vuelto? ¿Acabas de llegar ahora mismo allí, seguro?

—Seguro —la miró, asombrado—. ¿Por qué lo preguntas en ese tono?

—Marcel, vas... vas a decir que soy una tonta, pero en el jardín... en el jardín te he visto hace cosa de diez minutos...

—¿A mí? ¿En el jardín? —El estupor asomó a los ojos Marcel—. Pero Magali, cariño eso es imposible... hace diez minutos, estaba yo en plena carretera, de regreso de la ciudad... Acabo de dejar el coche en el garaje. Ahora, mismo.

—El garaje... —Se estremeció Magali, cerrando los ojos. Apartó eso de su mente, para concentrarse en lo otro, en lo ahora la torturaba—. Pero Marcel... yo... yo te vi. Y te toqué, te pedí que entraras en la casa, en vez de estar mojándote. Me miraste como a un ser extraño, pareciste asustado, y echaste a correr, huyendo entre los setos...

—Magali...

—Ya sé lo que vas a decirme. Estoy loca o vi una aparición. Pero te juro que nada de eso es cierto. Eras tú, Marcel. Tenías que ser tú, aunque no sé cómo pudo suceder. Llevabas barba crecida, el pelo más largo y desordenado... Además... calzabas zapatos de ante, vestías raramente, como un campesino... Pero eras tú, estoy segura.

Esperaba una explosión en Marcel, palabras de asombro, protesta, de interrogación o de temor por su salud mental. Nada de eso ocurrió, sin embargo. En vez de ello, Magali, observó, con estupor, que Marcel la miraba fijo, con ojos atónitos... y palidecía intensamente.

—Magali, ¿estás segura que me viste? —jadeó, trémulo con un extraño temblor en su voz.

—Sí, Marcel, por completo. No tiene sentido... pero te vi. Sé que te vi ahí fuera... Y no parecías tú mismo. Pero eras tú.

—Magali... —susurró Marcel, aferrándola con extraña energía el brazo—. Magali, no hables de esto a nadie, te lo ruego.

—Marcel, yo... yo no entiendo lo que ocurre. ¿Te vi realmente a ti? Por Dios, contesta a eso, o me volveré loca.

—No, Magali —negó él serena, gravemente—. No me vi a mí, tienes mi palabra.

—Pero entonces... entonces, ¿qué es lo que yo viste afuera? ¿Una alucinación, un fantasma acaso?

Sorprendentemente, Marcel la oprimió con calor con sí, y musitó con extraña entonación, con gesto abstraído a la vez, inquietante:

—Sí, Magali. Creo que, en el fondo, eso es lo que viste. Un fantasma... Un fantasma llamado Durand...

Magali respiró hondo. Se estremeció, sacudida por vibración rotunda y sorda de otro estallido en las alturas. El ferrocarril continuaba quieto en las vías. Ella se ha incorporado, descendía, semidesnuda, al suelo de la cabina. Nadia no se despertaba. La esposa de Burton Casey dormía apaciblemente, pese al fragor del temporal.

Se cubrió con su bata de nylon, que anudó, paseándose descalza por el compartimento. Tomó un cigarrillo y lo encendió, aspirando el humo nerviosamente.

Evocó sus pensamientos recién agolpados. La extraña presencia de dos Marcel Durand diferentes. Un ser humano, su esposo. Y un fantasma... aquel hombre huidizo y silencioso que escapó en el jardín...

En su agenda, los recuerdos de aquel extraño día, terminaban justamente en ese momento en que Marcel le aseguró que había visto a un fantasma...

¡Su agenda!

Repentinamente, le invadió el sobresalto. La agenda... estaba allí, en el compartimento. No estaba... la había dejado olvidada en el otro compartimento. Tenía que recuperarla. No quería que aquel hombre, Burton Casey, ni ninguna otra persona, se enterase de su extraña historia.

Se decidió. Era arriesgado, después de lo sucedido esa noche, sabiendo que alguien en alguna parte de aquel tren, intentaría llegar hasta ella, con ignorados propósitos, que era seguida por personas que no la querían bien y que buscaban algo que imaginaban que podía estar relacionado con ella. Gentes acaso pagadas por los parientes burlados.

Por ellos... ¿o acaso por «v»?

Tomó su decisión. La agenda bien valía la pena. Se arriesgó.

Salió al pasillo, dejando solamente entreabierta la puerta de la cabina que compartía accidentalmente con Nadia, avanzó hacia la inmediata puerta. No había nadie en el corredor del vagón.

Llegó a la cabina B 22. Tras una ojeada recelosa hacia un extremo y otro del pasillo, probó el tirador. Temió estuviera asegurada la puerta, tras la desagrada experiencia que ella sufriera en aquel mismo compartimiento, y entonces no tendría ya otro remedio que llamar a Burton Casey y despertarle de su sueño, con la excusa de su preocupación por el paradero de la agenda.

No fue necesario. La puerta estaba abierta, sólo ajustada con el pestillo del tirador. Abrió, lenta, cautamente. Asomó al interior de la cabina. La luz estaba encendida. Suspiró aliviada, al ver que Burton no estaba en la cabina. Pensó que había salido a los servicios, o bien al exterior, donde se oía hablar a algunas personas. Miró hacia la red. Allí estaba la agenda. Bien visible. Ignoraba si él la habría examinado pero eso no tenía ya importancia. Lo importante recuperarla. Y la recuperó con un suspiro de satisfacción.

No había salido aún de la red el librito, cuando tuvo terrible consciencia de que alguien estaba a espaldas suyas acechándola, clavando los ojos malignos en su nuca, con perversidad satánica.

Giró la cabeza, presa de un instintivo pánico que erizó sus cabellos y ponía un escalofrío en su piel repentinamente helada.

Soltó la agenda, se encogió sobre sí misma, con un grito ronco, que apenas si logró salir en forma de estertor de sus cuerdas vocales, rígidas y paralizadas de súbito por terror delirante.

Y vio venir hacia ella al hombre. Al hombre de cara de gato.

CAPÍTULO VI

EL mozo de Wagon Lits, se incorporó de un salto, dejando de hacer anotaciones en su bloc de facturas del coche-cama y los servicios prestados a los viajeros desde que abandonaron Bruselas.

Estaba seguro de haber oído un ruido como de lucha. Y un gemido, un grito ronco, en alguna parte del vagón. El convoy, detenido, sin el trepidar de la marcha ni el rugido de los motores Diésel de la locomotora, permitía captar cualquier sonido alarmante, si uno estaba despierto.

Salíó al vacío corredor con una pistola en la mano. Miró a lo largo de todo el pasillo. El ruido sordo, apagado, se repitió. Era como el choque de dos cuerpos contra paredes u objetos. Como jadeos de personas en lucha.

El mozo del coche-cama no dudó más. Se precipitó hacia los compartimientos del coche-cama, y se detuvo, tenso, ante el B 22. De allí dentro procedía el ruido.

Rápido, abrió la puerta, y penetró en la cabina, arma en mano. No hubo resistencia por parte del pestillo, cerrada sin asegurar como estaba.

—¡Quietos! —Avisó duramente—. Usted, suelte a la dama. Levante sus brazos, inmediatamente.

A Magali la soltaron vivamente. El hombre lanzó gruñido brusco. Se volvió hacia el mozo, con su rostro increíble...

El joven empleado de Wagon Lits no podía esperar verse ante la faz peluda y gris de un gato con ojos redondo; amarillos, malévolos y fosforescentes, bajo el sombre flexible del individuo y su cuello subido. Se quedó perplejo cuando salió de su sorpresa y quiso reaccionar. Cara Gato se revolvió con dos secos movimientos de sus brazos. Uno, sirvió para golpear con tal rudeza los dedos del mozo

que el arma voló de sus dedos. El segundo golpe del individuo fue contra el cuello del mozo del coche-cama. Éste, lívido, con ojos desorbitados, boqueó en busca de aire cayendo contra la litera, y derrumbándose a tierra.

Magali gritó, horrorizada, y quiso huir, pero fue alcanzada por Cara de Gato, cuyas manos, enguantadas de negro cuero brillante, se cerraron en torno a su cuello ahogándole todo otro grito. El rostro de Magali Durand, era entonces una máscara pálida de terror, de angustia, muerte.

—Lo siento, preciosa —jadeó una voz susurrante, bajo aquella faz felina e increíble—. Esta vez, no vas a escapar de nuevo.

Y le soltó un seco golpe al mentón. Se desplomó, flácido su cuerpo, que recogió con facilidad un solo brazo el fantástico agresor. En este momento el mozo de Wagon Lits se recuperó de su inconsciencia. Era un hombre joven fornido y resistente, incorporó su cabeza, descubrió lo que pasaba borrosamente, y se apresuró a luchar por incorporarse, jadeando con voz brusca:

—No vas a escapar, seas quien seas... Ni te llevarás a la chica — se puso un silbato plateado en la boca.

Aquel silbato tendría la virtud de provocar la alarma y alertar a todo el mundo. Cara de Gato parecía saberlo muy bien. Y una vez más, obró sin contemplaciones. Su mano se hundió en el bolsillo. Brotó armada de algo que produjo un seco chasquido. Luego, lo lanzó sobre el mozo del ferrocarril.

Silbó en el aire el objeto punzante, acerado, centellante y alcanzó al empleado del coche-cama en plena garganta, en blanco certero, seco, escalofriante.

Hubo un estertor horrible, brotando de la boca repentinamente abierta y convulsa del muchacho. Soltó éste el silbato, que rodó por el suelo. Cayó de espaldas, llevándose desesperadamente las manos a su cuello, tratando de arrancar el acero hincado hasta la empuñadura en su laringe.

Cara de Gato, sin esperar a más, corría ya, con Magali en sus brazos, pasillo adelante. Se introdujo en otra cabina, y cerró tras de sí.

Solamente unos minutos más tarde, no más de dos o tres, se abrió esa puerta de nuevo, y dos hombres salían de ella cargados con un bulto alargado, de lona encerada bien sujeta.

Los dos hombres se movieron hacia la plataforma, entraron a ella. En vez de utilizar la portezuela abierta, usaron la contraria, abriéndola y descendiendo al suelo encharcado, fangoso, portando entre ambos la forma inmóvil y bien ligada.

Luego, se perdieron en la oscuridad, hacia una carretera que corría paralela al tendido ferroviario y que conducía a París.

Justamente al mismo tiempo que sucedía todo, Nadia Farrow despertaba en su cabina, descubriendo Magali no estaba en la litera superior.

El sonido agudo, estridente, terrible, estremeció la noche, penetró a través del ruido de la cortina de lluvia y se expandió por todo el paraje. Al mismo tiempo, el silbido estridente la locomotora, avisando a todos de que el tren iba a arrancar de nuevo.

Casey fue el único en subir al coche-cama donde viajaba con Nadia. Apenas entró en el corredor, empapado de su impermeable, y dejando charcos de lluvia su calzado, escuchó aquel sonido prolongado, agudísimo y estremecedor, con nítida claridad.

No era el silbato del tren. Era otro sonido alarmante, más siniestro. Un grito de mujer. Un grito de terror infinito.

Casey lanzó una imprecación, asustado, y corrió hacia la cabina B 20. No llegó a ella. Se detuvo repentinamente helado.

—¡Nadia! —jadeó.

—¡Burt! ¡Oh, Burt, cariño! —La pelirroja, semidesnuda saltó en brazos de él, estallando en gritos y llanto histérico. Estaba pálida, estremecida, y su piel tenía el mismo contacto que el hielo bajo sus dedos crispados—. ¡Burt, es horrible!

Casey miró por encima de su hombro, aterrado. La luz encendida de la cabina B 22, la litera vacía, las ropas sueltas, la agenda a medio sacar de la red de la pared... y sobre todo, aquel hombre... encogido, sangrante, en la cama, retorciéndose en el suelo de la cabina, con la lividez de la muerte en el rostro.

—El mozo del coche-cama y fui a ver lo que sucedía, alarmada. Vi luz en tu...

—No sé... No sé, Burt, te lo juro... —sollozó ella—. Vi que Magali había salido de nuestro compartimiento y fui a ver qué sucedía, alarmada. Vi luz en tu compartimiento, creí e ella habría entrado... y al asomar descubrí eso... Magali no está... y ese hombre está muriendo, Burt... Alguien clavó una navaja en su

garganta...

Soltó a Nadia, corrió hacia el infortunado empleado ferroviario. De otros compartimientos, empezaba a salir gente, atraída por los gritos de Nadia. Casey no hizo caso nadie. Inclinado sobre el mozo, trató de auxiliarle. Vio muy pronto que todo era inútil. Le quedaban apenas segundos de vida.

El muchacho le contempló turbiamente, acaso en un último instante de lucidez. Una voz rota, casi imposible de entender, escapó de su garganta.

—El... hombre... de cara... de... de gato... se la... llevó.

El sonido apagado de aquella rara voz se extinguió, como la vida misma del muchacho.

Casey descubrió el silbato y la pistola, sobre la alfombra.

Tomó ésta última y la hundió en su impermeable. Luego puso en pie. Encaró a Nadia.

—Informa de todo esto a la policía. Espérame en casa esos amigos que nos aguardan en París.

—Burt... —Se asustó ella—. ¿Y tú? ¿Qué vas a hacer?

Casey no la hizo el menor caso. Llegó a la plataforma abrió la portezuela, y miró a la noche, a la lluvia, a relámpagos distantes. Comprobó que ningún otro tren venía en sentido opuesto, y aguardó a una suave curva, donde el expreso volvió a reducir velocidad, aunque no mucha, se lanzó dando un vuelco sobre sí mismo en el aire, como un acróbata en el circo.

Burton Casey, tras dar una voltereta en el aire, sobre las vías paralelas, caía en el fango y los matorrales de la cuneta rodando luego ladera abajo, entre un barrizal, sin detenerse en su caída, cuando los matojos abundantes fondo aminoraron el impulso de su caída.

Se puso en pie, casi cegado por la lluvia y el barro limpió el rostro de un manotazo. Su mente trabajó rápido. Un hombre había raptado a Magali, asesinando al mozo de Wagon Lits. Acaso llevara cómplices, o acaso no. No podía estar seguro de nada. El moribundo había mencionado un absurdo: un hombre con cara de gato.

Llegó a la carretera. No se acercó a su borde ni se dejó ver por la luz de los faros de automóviles que desfilaban en una y otra dirección con bastante espacio de tiempo entre uno y otro. La circulación no era muy profusa en aquella noche borrascosa y

desapacible.

Caminó bajo la lluvia, a lo largo de la carretera, sin detenerse, en sentido opuesto a la marcha del ferrocarril. Pronto vislumbró, a corta distancia, el paraje donde el tren estuviera detenido, a la espera de la solución del desprendimiento de rocas en las vías, y donde sin duda tuvo lugar el rapto de Magali. La marcha se hizo más pausada y más cauta también, empapado, sin importarle el agua que le caía copiosamente encima, a prudencial distancia del borde de la carretera. Casey llegó al lugar exacto donde el tren estuviera detenido, fue muy afortunado. Una demora de algunos instantes y todo se hubiera perdido definitivamente.

Un automóvil se detenía en esos momentos a corta distancia suya. Los faros barrieron el asfalto y los matorrales. Casey tuvo que arrojarle tras éstos, para no ser descubierto por el doble haz deslumbrante de luz. De la oscuridad, a menos de cien metros de Casey, salieron dos sombras, cargadas con un bulto alargado, que metieron al vehículo por la portezuela de un lado. No deslizaron la puerta doble de atrás, ni les vio en absoluto entrar en la cabina de carga.

Observó, mientras se desplazaba sobre el suelo mojado, como hablaban cuchicheantes entre sí y todos ocupaban su sitio en el automóvil. La operación, sin duda alguna, se había hecho tal y como él imaginaba.

Temió por unos momentos no llegar a tiempo. Si era así, el coche se alejaría de modo definitivo, con su cautiva. No podía arriesgarse a disparar, porque podía herir a Magali, y provocar su asesinato por parte de sus raptos, Burton Casey jamás había corrido más ni más sigilosamente que en los últimos metros hasta el coche furgoneta. Cuando llegó a su altura, se cerraba la portezuela trasera, y el vehículo iniciaba la marcha, deslizándose por el mojado, resbaladizo asfalto de la carretera a París.

Dejó pasar el largo cuerpo del vehículo. Luego, saltó a parte posterior. Se colgó de la puerta del coche, y se dejó llevar por éste, en vilo, pegados sus pies a la carrocería encogido en el aire.

En la velocidad y fuerza del arranque, el repentino lastre de Casey pasó desapercibido a los ocupantes del coche. Burton observó, con alivio, que entre el compartimiento de atrás y los asientos delanteros del largo vehículo, existía una separación con

una mirilla, como en los camiones de carga. La mirilla estaba cerrada, y desde la cabina de atrás no era visible ni siquiera la luz de los faros barriendo la ruta.

Sólo era preciso que la portezuela estuviese abierta, o que todo fuera bien, y no tuviese que viajar en incómoda y peligrosa postura, colgado en el aire remolque del coche, y siempre con el grave riesgo de otro vehículo lo advirtiera y su conductor avisara a ocupantes del coche de la anomalía.

Colgado de uno de los laterales de la puerta trasera, un solo brazo, y apoyados firmemente los pies sobre el parachoques trasero, manipuló con la otra mano, el tirador de la puerta. Ante un suspiro de alivio, ésta cedió levemente. Estaba cerrada sin llave, quizás porque no tenían carga atrás, que precisara de tal medida.

Burton Casey se sujetó lo mejor posible, antes de dar un impulso hacia sí y abrir la puerta de atrás. Una sola hoja osciló al abrirse, y la sujetó lo más posible, para evitar que golpeará, anunciando a los ocupantes que algo ocurría en la parte posterior del automóvil.

Casey introdujo su cuerpo en el suelo alfombrado de goma de la cabina vacía, donde descubrió unas latas de aceite, unas herramientas y una bolsa de viaje cargada con utensilios de mecánica.

Una vez dentro, procedió a sujetar la puerta, cerrándola despacio y sin producir el menor ruido. Si alguno hizo, el trepidar del motor, la velocidad, y el ruido del agua contra la carrocería y los cristales, impidió que ser percibido.

Se acomodó en el interior del vehículo, aunque empuñando resueltamente la automática del mozo de Lits, que tenía consigo en el bolsillo de su impermeable.

El coche continuaba rodando, a considerable velocidad, camino de alguna parte, con Magali Durand convertida en un fardo, allá dentro. Y con él, como pasajero ignorado, en el remolque de la furgoneta.

Se acurrucó en la oscuridad de la cabina, preguntándose cuánto duraría el nocturno viaje. Pegó el oído a la pared que separaba la cabina trasera del resto del automóvil. Le llegó un rumor de voces. Voces de hombre...

—¿Está aún muy distante ese lugar?

—No mucho —respondió otro—. Llegaremos antes del

amanecer. Acelera cuanto puedas, Pierre.

—Ya lo hago, pero esta maldita lluvia no me deja ver bien, y puede ser peligroso forzar la marcha del vehículo —sonó la voz del llamado Pierre—. De cualquier modo no es mucha distancia. Además, nadie nos sigue, de modo que por ese lado hay tranquilidad.

—Tranquilidad... —resopló el otro— no estés tan seguro, liquidó al chico del coche-cama... Eso moverá a toda la gendarmería tras de nosotros.

—Pero no antes de que el expreso llegue a París —rió una voz sorda, extraña, profunda—. Cuando menos, telefonarán desde alguna estación, pero todo ello lleva tiempo. Cuando la Sureté entre en acción, nosotros estaremos a salvo en la finca.

—Así sea —rogó el otro. Una pausa. Luego ruido de gemido. Y la voz del hombre agregó—: Parece que la vuelve en sí...

—Asegúrale bien la mordaza... No conviene que grite en cualquier sitio que tengamos que parar, o cosa parecida. Claro que en esta noche de perros, no es fácil que saque nada gritando, pero valdrá más así.

—Esa chica me preocupa... ¿No hubiera sido mejor eliminarla, como al del coche-cama? —Era la voz de Pierre la que interrogaba ahora.

—No seas estúpido. Pierre —replicó la voz ronca, nos será más útil así, con vida. Para liquidarla, siempre hay tiempo. Recuerda que tenemos que encontrar lo que Marcel guardaba. Y eso, sólo ella lo puede saber.

—¿Crees que realmente lo sabrá? Fue una torpeza asesinar a Durand.

—Escucha, Pierre, no vuelvas a las andadas. Yo no lo hice. Fui simplemente a obtener... lo que necesitaba. Luchamos él me desarmó y huí, eso es todo. Luego, alguien debió asesinarlo, arrojándolo desde la muralla de *Tour Lac*, o él se cayó, eso lo ignoro.

—Caerse... —Hubo una risita en Pierre—. ¿Caerse has dicho? Eso no se lo cree nadie, tratándose de ti.

—Sigue repitiendo eso, y te haré pedazos —rugió sordamente—. Si alguien llegara a pensar que yo lo hice exigirían responsabilidades, por haberlo eliminado sin obtener lo que fui a

buscar. Durand me era más útil vivo que muerto, pese a que lo detestaba. No podía matarle sin entregarme lo que poseía, Pierre.

Hubo un repentino silencio en la extraña conversación. Ceñudo, Burton Casey trataba de atar los cabos de aquel misterioso diálogo. Una cosa estaba clara: aquella gente no se detenía ante crimen más o menos, por la razón que fuese. Buscaban algo, algo con el suficiente valor para arriesgar sus vidas y para sacrificar a quien significara un obstáculo en planes.

A falta de otra cosa se puso a pensar en sí mismo, en lo que habían cambiado las cosas en pocos meses. De millonario, desocupado, apático e indiferente por todo, a un hombre lanzado a una temeraria aventura, tras una mujer secuestrada por unos asesinos. Eso era increíble. Lo hubiera sido más aún, si alguien le hubiera dicho, en Nueva York, cuando aún era el «otro», Burton Casey, que tales cosas iban a sucederle en Europa. No hubiera podido admitirlo. No tenía nada de lógico ni razonable. No era coherente con su otra vida anterior, la que terminó en la puerta de la clínica psiquiátrica y psíquica del doctor Keller, con una borrachera, la última de su vida, y una botella estrellada contra los escalones de piedra...

Antes de eso, solamente vacío hubo en su vida. Un vacío... y ella. Ella, Shelley Page... La rica heredera de los Page de la Quinta Avenida...

—Burt, no me casaré contigo —había dicho ella aquella noche, en la fiesta de los Howard—. Lo he decidido.

—Supongo que estás bromeando, ¿no, cariño?

—No, no bromeo —negó ella, tajante—. Es la verdad, Burt. Se acabó lo nuestro. Hoy. Ahora mismo.

—¿Por qué?

—Tú lo sabes. Eres el culpable. Tú, la bebida, tus mujeres tus informalidades. Todo, Burt. Se acabó. Es lo mejor para ambos. Estoy decidida a terminar contigo.

—Shelley, yo te quiero...

—Tú no quieres a nadie, Burt. La otra noche te emborrachaste tanto, que sufriste un ataque *delirium tremens*. Estás alcoholizado por completo. Aparte de eso, te gusta buscar mujerzuelas. Te vas de viaje de pronto, permaneces ausente dos semanas, sin que nadie sepa dónde te has metido. Eso eres tú ahora, Burton Casey. U

hombre imposible. Quédate con tu alcohol, con tus mujeres fáciles y con tus aventuras. No podría ser tu mujer en modo alguno, créeme.

—Pero Shelley, yo... yo cambiaré al casarme.

—No cambiarás. Nunca, Burt.

—Estamos prometidos...

—Ya no. Rompí el compromiso. Me he prometido a Clive Howard, el dueño de esta casa. Me tiene sin cuidado todo eso. Me casaré con Clive. Haber pensado antes en ello. No puedo hacer nada por evitarlo, créeme. Ya es tarde Burt.

Casey supo al fin que todo iba en serio. Lo supo cuando Clive Howard, el hijo mayor de los Howard, entró y se acercó a ella, tomando sus manos y mirándole como si tuviera que defender a Shelley de un ataque suyo. Burt Casey retrocedió despacio. Soltó una agria carcajada. Luego, dijo serna, fríamente:

—Muy bien. Acepto de buen grado tu juego, Shelley. Me voy. Pero es para siempre. Adiós, os deseo suerte.

—Burt, olvidas tu *whisky* —le recordó sonriendo Howard.

—Al diablo con él. Siendo tuyo, podría envenenarme.

—Déjalo —pidió ella—. Seguramente está ya demasiado borracho para saber lo que dice.

—No, no estoy borracho —rió Burton—. No todavía. Pero es la verdad. Hay veneno en esta casa, Shelley, ¿no lo notas? Clive Howard y los respetables Howard de la calle Cuarenta... Basura todo, Shelley, y recuerda esto, preciosa. Elegiste mal. Te dejaste embaucar por Clive y su familia, ¿sabes el motivo? Ellos fueron ricos en un tiempo. Ahora, sólo les queda fachada. Están en la ruina. Tus millones les salvaran del caos. Por eso intrigaron para cazarte, encanto. Yo en cambio, te quiero por ti misma. Tengo más dinero que tú, y lo sabes. Lamento que hayas sido un juguete tan fácil en manos de los Howard. Mis condolencias, Shelley. Adiós... y enhorabuena, Clive. Después de todo, saldaráis vuestras deudas y salvaréis todo esto, incluso vuestra casa suntuosa...

Sólo cuando estuvo en la calle, apretó los puños y golpeó los muros. Había perdido con Shelley su última ocasión de sobrevivir, de ser diferente, de olvidar la bebida, la holganza todo aquello. La quería de verdad. Incluso estaba enamorado de ella...

Pero eso había sucedido hacía tiempo. Después, llegó el doctor Keller, sus métodos asombrosos de regeneración y rehabilitación.

Todo lo que hizo de él un hombre nuevo, en tanto que Shelley Page se casaba con Clive Howard, y la fortuna de ella salvaba generosamente la bancarrota de la familia.

A cambio de ello, Clive sólo le dio disgustos, infelicidad ingratitud. Shelley se arrepintió muchas veces de su boda, logro al fin el divorcio, cuando más de las tres cuartas partes de su fortuna habían sido devoradas por Clive y su familia.

Para entonces, Burton Casey había muerto ya. El Burton Casey que ella conociera, el que ella despreció, ya existía.

Los pensamientos de Casey eran como vagos jirones del pasado, flotando en la oscuridad del compartimiento posterior del automóvil.

Dentro del automóvil, en su compartimiento de delante, una mujer dejaba vagar también sus propios pensamientos hacia el pasado, hacia un lugar lejano, al norte, llama: *Tour du Lac*, en Bélgica.

Magali, flanqueada por el repulsivo hombre de gafas negras, de guantes grises, de rostro hermético, y por el extraño ser de rostro de gato y sombrero encasquetado sólo tenía un punto de evasión de la cruda y odiosa realidad: sus recuerdos, sus propios pensamientos, su fuga mental o algo menos penoso y desagradable que todo cuanto ahora la rodeaba, sin la menor esperanza de solución favorable a su persona.

Ahora ya sabía el porqué de aquella extraña cara peluda, de ojos amarillos, redondos y vidriosos. Era una sencilla máscara. Una grotesca careta de carnaval perfectamente imitada con la faz de un gato diabólico, incluso con aquella pelambreira de simple nylon, imitando el pelo de felino, sobre la goma ajustada a la careta del enmascarado individuo.

Pierre, el tipo de pelo ralo, pajizo, el mismo a quien viera en el andén de la estación belga, subir en Bruselas, conducía el automóvil.

—Evocó aquellos momentos ingratos en el garaje, la llegada de Marcel, la tensión de los días siguientes, entre ella y Alain, cuyos arañazos en el rostro justificó a todo el mundo alegando que eran producidos por una caída entre los rosales del jardín...

Todo eso sucedía en mayo. Fue en septiembre cuando...

Terminaba el verano. Cálido y húmedo, como todos los años en Brujas. Era un verano corto, nuboso la mayoría las veces, pero de temperaturas apacibles, aunque tremendamente altas en el índice de humedad. Y muy variable por lo general.

No podía olvidar la fecha fácilmente. Fue poco después un largo viaje de Marcel al extranjero. Había estado en diversos lugares de Europa y de América, durante un periodo de veinte días.

Ocurrió el día veintiocho de septiembre de 1966. Justamente dos meses atrás. Ahora empezaba noviembre, entonces, terminaba septiembre en un día nuboso, cargado bochorno, lluvioso, pero cálido aun. La lluvia apenas si llegaría a unos gruesos goterones, tras un día de más densos chubascos.

Entonces fue cuando... cuando Marcel murió.

«Aquel veintiocho de septiembre...

»He preferido esperar a esta fecha de hoy, trece de octubre de 1966.

»Las cosas se ven ahora con mayor claridad, así en la distancia. Dos semanas son poca distancia, es cierto, pero es algo... Lo suficiente para poder trazar estas líneas para recordar siempre viva, intensamente, todo lo que ocurrió el 28 de septiembre en *Tour du Lac*.

»Había paseado con Marcel a mediodía, antes de que tuviera su conferencia con Nueva York, en su despacho. No sé lo que habló por teléfono, porque sus negocios siempre fueron para mí un perfecto misterio. Tenía relación con mucha gente de Londres, de París, de Madrid, de Hamburgo, de Roma, de los Estados Unidos, de Argentina Brasil...

»Jamás me dijo a lo que podía estarse dedicando un hombre rico como él, y yo tampoco traté de ahondar en ello. Le hice alguna pregunta, y siempre obtuve una respuesta similar por su parte:

»—Llevo algunos asuntos financieros. Acciones, Bolsa; todo eso. También tengo invertido dinero en negocios de importación y exportación de productos industriales... Uno debe ocuparse de todo ello para saber siempre cómo marchan los índices de beneficios,

cariño...

»Me pareció una respuesta muy vaga, pero no insistí. Después de todo, yo no entendía mucho de negocios, ni me importaba. Creo que el único negocio redondo que una mujer puede hacer en su vida, es casarse con un hombre de fortuna. Ése era mi caso, ciertamente y por otro lado, yo en nada podía ayudar a Marcel a ganar más dinero.

»Recuerdo que aquel 28 de septiembre almorcé con Agnes en el comedor de invierno.

»Después de comer, Marcel se ausentó de casa. Al parecer había telefoneado alguien desde Brujas, y aunque no supe quién pudo hacer la llamada, lo cierto es que estaba malhumorado, brusco y nada comunicativo.

»En la casa, nos quedamos solos Agnes, Van Druten y yo. Mi sobrina se dedicó a la lectura de la biblioteca, Van Druten fue a arreglar las plantas del jardín, y yo me quedé viendo la televisión, Marcel, antes de irse, me prometió estar de vuelta a media tarde, y eso me dio una satisfacción.

»Fue a media tarde, y poco después de oír el motor de su automóvil, cuando fui a mi receptor de televisión, lo cerré, y me dispuse a ir en busca de Marcel.

»Salí de la casa. Caminé resueltamente por el sendero del jardín. Entonces oí las voces en alguna parte. Me arrebujié con en mi chal, deteniéndome indecisa.

»Escuché. Eran voces de hombre. Uno, era Marcel, sin duda alguna. De repente oí jadeos, golpes sordos, violencia.

»En alguna parte estaba sucediendo algo imprevisto. Corrí hacia el lugar de donde llegaban los ruidos. Grité, impulsiva:

»—¡Marcel, Marcel! ¿Qué sucede?

»Percibí imprecaciones, un golpetazo en el suelo, luego la carrera en la tierra húmeda y el empedrado... Cuando aparecí en la muralla sur de la torre, le vi.

»Allí estaba Marcel. Solo, erguido. Miraba furioso, despeinado, hacia la muralla de hojarasca, situada frente a él. Miré en esa dirección. Vi las ramas agitadas, pero no descubrí a nadie. Marcel me miró, preocupado. Estaba pálido, sus ropas en desorden.

»—Marcel, ¿qué ha ocurrido? —preguté, tensa.

»—Nada, pequeña —dijo— un intruso. Debía ser un merodeador. Le sorprendí, y quiso atacarme. Pero logré ponerle en fuga, no temas. Ya no volverá...

»—¿Seguro, Marcel? —preguté, indecisa—. A veces eres muy misterioso... Me gustaría saber más de ti, de tus actividades fuera de *Tour du Lac*, de tu vida...

»—Algún día lo sabrás, cariño —me dio un leve cachete en la mejilla—. Anda, ve a casa ya. Iré contigo. Y no necesitabas salir así en mi ayuda. Sé defenderme solo...

»Tampoco me acompañó a casa, como él dijera. En vez eso, lo dejé allí al regresar hacia la mansión. Quise pensar que el «intruso» a quien citara Marcel no había permanecido acechando por allí, ni volvería al lugar donde tuvo el choque con Marcel.

»Agnes bajó poco después, cuando yo me disponía a subir a mi habitación, más serena y tranquila, más dueña de sí que antes.

»—Oí el automóvil de tío Marcel —dijo—. ¿Ha llegado ya?

»—Sí, apenas hace unos minutos que llegó... —le contesté sin meterme en mayores explicaciones.

»Agnes pareció dispuesta a ir a buscarle, pero luego se encogió de hombros y se dirigió a la cocina. Ausente la señora Verneill, ella se ocuparía de la cocina esa noche.

»Estaba yo en mi dormitorio, ordenando unas cosas en el armario y guardando mis ropas sucias en un cesto, cuando golpearon la puerta. Me sentí inquieta. Me volví.

»—Adelante —dije—. Puedes entrar, Marcel, querido. Estoy ordenando esto y... —No era Marcel. Miré con expresión sorprendida a Von Druten. Estaba

muy pálido. Como si hubiera visto algo terrible. Le hice una seña.

»—Por favor, señora... —Su voz temblaba—. Venga conmigo, ¿quiere? Venga, por favor...

»—Pero... ¿a qué tanto misterio? ¿Sucedre algo especial?

»—Muy... muy especial, señora —afirmó rotundo él—. Venga, por favor... Es necesario que usted lo vea antes que nadie. No... no sé qué hacer...

»Le seguí. Me condujo hasta el jardín con cautela procurando que nadie nos viese. Una vez fuera de la casa le retuve, sujetándole un brazo.

»—Vamos, vamos, ¿a qué viene todo esto? ¿Qué es lo que ocurre en realidad?

»Él me miró con desvarío, con horror. Humedeció sus labios, tragó saliva antes de responder, escueto, tajante:

»—Su esposo, señora... Ha ocurrido algo. Venga, en ida... No haga preguntas, por favor...

»Y echó a correr resueltamente. Le seguí, sin una vacilación.

»Llegamos ante el muro del sur, sobre el sendero de hiedra, cubierto de hojarasca. Me señaló abajo. Emití un grito terrible. Él bajó a saltos, aferrándose a los salientes del muro formado por el distinto nivel del jardín.

»Abajo estaba Marcel. Abajo, de bruces contra las piedras. Con el cráneo roto. Sin un solo movimiento. La sangre fluía por su rostro aplastado en el suelo.

»—Está muerto, señora... —dijo roncamente el jardinero—. Su marido está muerto...

»Yo grité otra vez. Luego, estallé en llanto, en voces desgarradas, en no sé qué expresiones lacerantes de dolor, ante el cadáver de Marcel.

».

Lentamente, Nadia Farrow dejó la agenda sobre sus rodillas desnudas. Bajó sintiendo una fría angustia en su corazón, un

ramalazo de hielo en su piel, acaso en sus venas...

—Dios mío... —jadeó, trémula—. Y tal vez fue un crimen...

Cerró la agenda donde había leído el episodio trágico de *Tour du Lac*. Antes, ya había leído todo lo demás, desde la primera página de la agenda de Magali Durand.

La joven pelirroja americana reveló su estupor, su inquietud, en el modo instintivo con que miró a la puerta herméticamente ajustada de su cabina. Se arropó entre sábanas del lecho, cerró los párpados y trató de dormir, sin lograrlo.

El hecho de que los dos gendarmes estuvieran montando guardia ante la cabina donde yacía el cadáver del mozo del coche-cama, y que todo el tren estuviese bajo control policial hasta su llegada a París, en tanto que la gendarmería de la región había recibido órdenes telefónicas desde estación anterior, para iniciar la batida en busca de raptos de Magali, que sin duda eran también los asesinos del mozo, no lograba calmar el temor instintivo que dominaba a Nadia desde que se quedara sola en su cabina.

El expreso silbó en una curva. Se aproximaba velozmente a París. La madrugada, iba tocando a su fin. Pronto se iniciaría el día, sobre los empapados campos franceses. La lluvia estaba amainando.

Pensando en todo ello, logró adormilarse, con la agenda de Magali entre sus manos, mientras el expreso de Bruselas iba devorando kilómetros y kilómetros, en su marcha vertiginosa hacia la capital francesa.

CAPÍTULO VII

—**H**EMOS llegado —dijo Pierre, con un suspiro.

Era una finca aislada, rodeada de arbustos, de un bosquecillo frondoso y de plantas silvestres que casi hacían intransitable aquel camino vecinal, cada vez más estrecho y es desigual.

—Tuvimos suerte —habló el hombre situado junto a Magali—. Ningún policía nos detuvo. No fue necesario meter atrás a la chica durante el viaje...

—Oh, ahora que hablas de ahí atrás —terció Pierre— tengo que subir ahora, a recoger las llaves de la casa. Las dejé en la bolsa de herramientas...

Se detuvieron frente a la verja. Pierre echó el freno pero dejando el coche en marcha, y bajó pisando el espeso lodo del sendero. Abrió la puerta de la verja.

Chirrió el pesado portón de hierro forjado, y lo empujó hasta que el coche tuvo sitio para entrar en la finca. Volvió coche, lo condujo adentro, y regresó, cerrando nuevamente la puerta.

Una vez hecha esta operación, condujo ladera arriba entre césped cubierto de hojarasca y plantas silvestres, setos descuidados, y macizos de flores echados a perder. Todo allí parecía abandonado y olvidado de todo cuidado.

Un cobertizo amplio, un garaje tan descuidado cubierto de polvo como todo lo que por allí se veía, acogió el automóvil de los raptores. Descendieron de éste el individuo de cara de gato y su compinche, arrastrando consigo a Magali.

—Vamos a la casa —invitó Cara de Gato secamente—. Deja ahí el coche, Pierre.

Se alejaron hacia la casa. Burton Casey, desde su escondrijo, temiendo siempre ser descubierto, escuchó pasos alejándose hacia

la edificación, percibió el rechinar de escalones de madera pisados con fuerza, y luego el chirrido, al abrirse la puerta del recinto en desuso.

Entraron los cuatro personajes de la casa. Sonó la puerta con un chasquido seco. Burton Casey se dijo que ya había llegado el momento de salir del coche. Abrió con cautela las puertas, y miró a su alrededor, al desolado paraje. No debía de hallarse muy lejos de París. Pero el lugar era tan inhóspito y escondido que sería difícil que nadie fuera hasta allá por alguna razón concreta.

Casey meditó unos momentos. Luego, se trazó su propio plan de combate, fuese para bien o para mal. No podía pensar en huir de allí... A pie, llegaría tarde a cualquier sitio, si es que no se extraviaba antes. Con el coche, le sería imposible franquear la puerta cerrada con llave, en la verja que circundaba la finca. Alrededor, no debía haber ni un solo teléfono en una distancia considerable. Por tanto, la posibilidad de llamar a la policía, era tan remota como improbable.

Hasta ese momento, había sido relativamente fácil.

Le bastó el viejo botiquín del garaje, que aunque polvoriento, descuidado y con medicamentos totalmente pasados, le permitió hallar un rollo de esparadrapo intacto, utilizó esa tira adhesiva para unirla al vidrio de la ventana posterior y golpear luego secamente con la culata de su arma, aprovechando el momento en que pasaba un reactor, procedente de Le Bourget, por el cielo de aquella zona.

El ruido de los motores a turbina ahogó el seco culatazo. Los esparadrapos sirvieron para mantener adherido el vidrio roto a su sitio. Después, cuidadosamente, despegó Burton el esparadrapo, llevándose consigo el trozo de vidrio, que se aprendió, sin caer un solo fragmento al interior de la habitación elegida.

Introdujo una mano, hallando la falleba. La accionó. En cuestión de segundos, estaba dentro de la casa. Cerró la ventana tras de sí, confiando en que nadie descubriría el roto. Y aunque así fuese, lo atribuirían a cualquier otra causa, porque ya había procurado ocultar bajo los arbustos el fragmento arrancado.

Casey miró a su alrededor. Muebles viejos, polvo y más polvo. Eso era todo. Los cortinajes se caían de puro vetustos. Caminó hasta una puerta cercana. Escuchó ruidos arriba, sobre su cabeza, en la planta alta del edificio. Fácilmente, pudo imaginar que allí estarían

la totalidad de los recién llegados, o algunos de ellos.

Salió de aquel salón. Al mover la puerta no pudo evitar un chirrido leve, que le sobresaltó. Rápido, saltó al corredor en sombras, de ventanas cerradas, que halló al otro lado. Allí se quedó, pegado al muro, escuchando con todos los nervios en tensión.

—¿Qué mil diablos ocurre? —Sonó arriba la voz de Pierre—. Juraría que oí un ruido abajo...

—Oh, yo he oído ya varios —respondió su compañero No tiene la menor importancia. Son las ratas. La casa está llena de ellas. Vamos, llevad a la chica a esa habitación— sonó la voz sorda del enmascarado.

—Sí, ahí. Atadla a ese sillón. Tenemos que terminar lo antes posible.

Casey miró arriba. Vio sombras, moviéndose en la pared. Habían encendido luces eléctricas, sin abrir los huecos de las ventanas, en vez de dejar que entrara la luz del día. Sin duda, consideraban esa medida mucho más segura para ellos. Luego, captó un quejido de mujer. Después un sollozo prolongado:

—No, no... Por Dios, no... No hagan eso...

Encajó las mandíbulas. Era Magali. Empezaba ya la función. La voz ronca replicó, tajante:

—De usted depende que no sigamos adelante. No nos haga ser particularmente crueles con usted. Informe, señora Durand. Informe, señora Durand. Informe de lo que sabe, y la dejaremos en paz.

—No puedo... —susurró la voz de ella—. No sé nada. Lo juro...

—Bien, usted nos pone entonces en este dilema. Tenemos que proseguir. Se lo dije un día por teléfono, señora —replicó el enmascarado torvamente—. No me haga insistir más. Le pedí algo. Usted tiene que saber dónde lo ocultó su esposo.

—Entonces usted es «v» —gimió la joven—. Le juro que mi esposo jamás me habló de sus asuntos. No sé qué es lo que poseía mi marido que a usted le interesa tanto.

—Vamos, vamos, jovencita. Pierdo mi paciencia con facilidad. El código. Quiero ese código. ¡Enseguida!

—¿El... código? —repitió ella, con asombro—. Pero... ¿a qué se refiere?

Burton Casey pisaba ya el primer escalón. Sus pies apenas si

rozaban el suelo imprescindible. Sus oídos no perdían detalle de aquellas palabras cruzadas arriba, en voz no muy alta, pero a través de una puerta abierta.

—Es suficiente de comedias, señora —cortó «v» fríamente—. Le doy la última oportunidad. Tiene diez segundos para cambiar de idea y hablar. No dispondrá ni de uno más. Mis hombres tienen instrucciones de iniciar la tarea en cuanto usted niegue de nuevo, de modo definitivo. Así que escuche esto, señora: pasados esos diez segundos, nada ni nadie va a librarla de lo peor.

—¡Si no sé nada! Marcel jamás me habló de nada... No entiendo eso del «código» y todo lo demás... ¿Cómo puedo convencerles de que digo la verdad, de que no estoy mintiendo en absoluto?

—De ninguna manera. No puedo creerla. Posiblemente lo lleve consigo o lo dejase en el tren, o en *Tour du Lac*... No sé lo que hizo con el código, pero seguro que Marcel se lo confió a usted. Es lo que haría una persona que se sabe en peligro. Y él sabía que lo estaba. Lo sabía muy bien, señora...

—Se lo juro. Nada sé... Nada sé... —sollozó.

—Han transcurrido los diez segundos. Adelante, Turner, es tu turno.

Burton Casey se mordió el labio inferior, lamentando no poder intervenir antes, no poder apresurarse, por miedo a caer tontamente en la boca del lobo con todos los factores en contra. Continuó, en un alarde de frialdad y sereno dominio de sí mismo, paso a paso, sin apresuramiento: Aun a pesar del grito que exhaló la infortunada joven.

Alcanzó el corredor. Los gritos, los sollozos, las queja de Magali Durand, le llegaban nítidas, precisas, angustiosas, crispando sus nervios, estremeciendo todo su ser, pero sin que pudiese hacer nada por impedir que aquello siguiera implacable y penoso.

Al fin, vio al otro individuo. Montaba guardia ante puerta, pero mirando con satánica complacencia al interior de la habitación convertida en cámara de tortura.

Burton Casey avanzó, paso a paso. El otro le daba espalda. Pero en cuanto hiciera el menor movimiento descubriría a Casey. En su mano, sostenía un arma, quizás en prevención de cualquier circunstancia adversa.

Solamente pudo dar Casey cuatro pasos, antes de que otro se

volviera de forma brusca.

Los dos hombres se miraron cara a cara durante un largo instante de estupor infinito por parte del individuo mezclado en el rapto de Magali, al identificar sin duda a aquel otro personaje con quien en absoluto contaba. Intentó levantar su arma.

Burton apretó el gatillo. Había sido buen tirador durante su servicio militar. Acertó. Hizo un blanco perfecto.

El secuestrador, tras el impacto de la bala en su corazón se quedó rígido, inmóvil, y de sus dedos resbaló el arma de fuego. Dentro de la habitación, Pierre gritó algo, y también «V», el hombre de cara de gato.

Ya para entonces, sin perder momento, puesto que el factor sorpresa se había extinguido, Casey cruzó a la carrera puerta de la cámara, y disparó sin detenerse, hacia Pierre, que era quien más próximo tenía, y que venía hacia el corredor, empuñando una automática voluminosa, provista silenciador.

Dos disparos, dos detonaciones que resonaron como cañonazos dentro de la casa, y Pierre, con un aullido inhumano, se llevó las manos a la cabeza y por entre sus dedos chorreó la sangre.

«V», con su fantástica carátula de felino, se precipitaba sobre Magali, acaso para sacrificarla, o acaso para utilizarla como escudo de su propia vida. Fugazmente, Casey descubrió en el torso desnudo de la joven, huellas de sangre, de profundos pinchazos y quemaduras. Junto a ella, una mesa, había un hornillo de gas, con una serie de agujas, pinzas e instrumentos de tortura poniéndose lentamente el rojo vivo.

Burton Casey no prestó atención a nada de eso. Solamente a Cara de Gato y a su intención de llegar hasta Magali, ligada a una butaca tapizada de rojo. Lo impidió disparando contra los pies de «V», que reuló aprisa, dirigiendo su arma hacia él, para hacer fuego dos veces. Levantó astillas de la puerta, sin tocarle y desde el quicio, Casey disparó contra Cara de Gato.

Ante su sorpresa, el enmascarado lanzó una imprecación furiosa, y corrió hacia los ventanales del fondo, cegados con espesos cortinajes. Se precipitó sobre ellos, tras hacer fuego a vez más, y hendió cortinas y vidrios, cayendo al exterior espectacularmente.

Casey corrió hacia el ventanal. Tuvo que apartarse, porque tres o cuatro disparos cayeron sobre el hueco obligándole a retirarse. Eso

le indicó que Cara de Gato estaba en situación de hacer fuego contra cualquiera.

—¿Se encuentra bien, señora? —preguntó Burton volviéndose hacia Magali.

—Creo que sí... —musitó ella, a punto de desvanecerá Le miró emocionada—. Usted otra vez... Dios le bendiga señor Casey...

Burton no contestó a eso. Estaba logrando asomarse fuera. Oyó el ronquido de un motor. El coche salió del garaje a toda velocidad. Disparó Casey contra él, pero Cara de Gato replicó a su fuego, y hubo de ocultarse. El coche alejó, en dirección opuesta a aquélla en que se encontraba salida.

—Me pregunto a dónde irá con el automóvil... —masculló Casey, intrigado.

Corrió a otro ventanal y miró por él. Desde allí se dominaba la parte posterior de la casa. Vio la valla, una puerta trasera, de madera, hecha de tablas. Hasta allí fue el coche fugitivo. En vez de detenerse, embistió la puerta que se hizo añicos, y la furgoneta se perdió en la espesura espaldas de la mansión.

—Ese Cara de Gato se nos ha escapado.

—Déjelo... —sollozó ella—. ¿Qué puede importar, si ha logrado salvarme de una suerte horrible?

—Sí, ¿qué puede importar? —masculló Burton. Procedió a cubrir a Magali con sus ropas de nylon y un cortinaje del salón. Ella se lo agradeció con una turbada mirada en un rostro lívido, dolorido.

Soltó las ligaduras. Magali, desfallecida, se irguió, No pudo mantenerse en pie. Cayó en brazos de Burton.

El americano la retuvo contra sí, apoyada en su torso, y luego, al observar que se desvanecía, la cargó en sus brazos regresó abajo, pasando junto a los cuerpos sin vida de Pierre y de su compinche.

Salió de la mansión, llevando a Magali hasta una fuente natural, entre los arbustos descuidados. El chorro de agua salió al presionar un pedal. Atendió a Magali, tendiéndola sobre el húmedo césped. Esperó a que la joven volviera totalmente en sí.

Y comprobó que, pese a todo, estaba ahora, con aquella mortal, dolorida palidez, más hermosa y atractiva que nunca...

CAPÍTULO VIII

AFORTUNADAMENTE, las lesiones no son graves. Pero, tuvieron que ser muy dolorosas.

—Lo fueron, doctor. Era lo que buscaban ellos; torturar a esa muchacha, fuese como fuese.

—De modo que fue eso... —El doctor Rivaille, de Medicina Forense—. Sí, sin duda debieron causarle mucho daño. Eran expertos en torturas.

—¿Qué buscaban exactamente de la señora Durand, para apelar a recursos semejantes, propios de la Gestapo? —observó el comisario Dauphin, volviéndose hacia ello: ¿Lo sabe usted, señor Casey?

—Lo ignoro, comisario —negó Burton. Conozco muy poco a la señora Durand, para estar al tanto de tales cuestiones.

—Sin embargo, la salvó por dos veces ya...

—Puro azar. Era vecino suyo en el expreso Bruselas-París. La ayudé en una ocasión. En la segunda, todo fue meramente casual. Me enteré de que había sido raptada y el mozo del vagón asesinado. Temí por su vida... y traté de salvarla.

—Hum... Y lo curioso es que lo logró. Cosa que no era nada fácil, la verdad. ¿Sabe a qué clase de tipos borró usted de este mundo?

—Lo ignoro, pero imagino su catadura...

—Nunca lo imaginaré en su exacta dimensión, señor Casey —sonrió el comisario francés de la Sureté, llegado recientemente a Argenteuil, la población vecina a la capital, donde Burton había logrado hospitalizar provisionalmente a Magali Durand—. Estaban fichados por la policía con los nombres de Pierre Dullac y Roger Croisy. Ambos culpables diversos de delitos, robos a mano armada,

y todo eso. Y no todo. El Deuxième Bureau tiene reclamado a Pierre Dullac como posible espía al servicio de alguna potencia extranjera, en territorio francés. Sobre Roger Croisy no hay da concreto en ese terreno, pero tampoco sería de extrañar que se hallara algo en breve tiempo.

—Entiendo. —Burton respiró con fuerza—. Bien, celebro que haya salido todo bien. No me gustaría volver a chocar con gente de esa clase.

—¿A qué se dedica usted exactamente, señor Casey?

—A nada. Tengo fortuna propia. Viajo, hago turismo y do eso. No me ocupo de nada en absoluto.

—¿Algo entre ustedes? ¿Amor, un idilio...?

—Yo viajo con mi amiga, comisario. Y ella... enviudó hace dos meses. ¿Comprende?

—Comprendo. —Dauphin anotó algo en su bloc de apuntes—. De modo que nada sabe sobre los motivos que tuvieron a ese extraño «Cara de Gato» que usted cita, y a sus dos compinches muertos por usted, a secuestrar a esa joven, torturándola para obtener algo a lo que ellos llamaron «el código»... ¿Cree que ella sí sabe de qué trata?

—Personalmente, comisario, creo que si ella supiera de que se trata, habría demostrado un valor escalofriante, bien es así, y esa mujer es de acero, o bien no sabe nada, lo cual es lo más probable, y su marido se llevó consigo su secreto a la tumba, fuese cual fuese.

—Investigaremos a ese Marcel Durand —suspiró Dauphin reflexivo—. En cuanto a usted, no se ausente de París mientras le sea posible. Y si lo hace, avíseme previamente a mí, por favor.

—¿Soy sospechoso de algo? —se burló Burton.

—De nada por el momento. Pero usted mató a dos hombres, señor Casey. ¿Lo comprende?

—Claro que lo comprendo —sonrió Burton Casey—. Haré lo que me pide. Voy a residir provisionalmente en casa de unos amigos parisinos, los señores Lacroix.

Le dio las señas exactas de casa y piso. Dauphin se agradeció con una cortés inclinación.

—Gracias, señor Casey —habló—. Es muy amable. ¿Va a ir allí con la señora Durand?

—En su actual situación, creo que será lo mejor. La casa de mis

amigos es muy amplia, un verdadero palacio. Tienen sitio para una docena de huéspedes, si es preciso.

—Bien, creo que es acertado. Le enviaré a algún agente a vigilar la casa, por si sucede algo. Por la señora Durand, comprende... De veras lo siento, señor Casey. Bien, no molesto más. Puede aguardar aquí a que la señora Durand se reponga. Yo le haré unas pocas preguntas, y la dejaré a usted a casa de esos amigos...

Suspiró Burton Casey. El doctor Rivaille le contempló, risueño, cerrando el maletín.

—El comisario es un viejo zorro —comentó—. Jamás le vi perder un caso. Siempre parece torpe, desorientado y bobalicón. Nada más lejos de la realidad, créame. De repente se revuelve y aplana a cualquiera con sus oclusiones.

—No me afecta —sonrió Casey—. Nada oculto, doctor.

—Mejor así —el médico le tendió la mano—. Suerte, señor Casey. Si desea trasladar a la señora Durand a París, puede hacerlo. Sus heridas son dolorosas, pero nada grave.

Y salió, cerrando de un portazo, mientras Burton Casey sonreía lúgubrementemente ante el comentario expresivo del doctor Rivaille.

—Señor Casey... ¿Va a llevarme usted a París?

—Ahora mismo —asintió Burton, sonriente—. Alquilé un automóvil sin chófer. Nos espera abajo.

—¿Cómo podré agradecerle todo cuanto está haciendo por mí? —musitó.

—Bah, debe olvidarlo —sonrió Burton Casey—. Olvídelo por completo, se lo ruego. El destino nos ha unido en este azar, y le doy gracias de que me haya permitido ayudarla en un feo trance. Hubiera sido terrible que esos canallas la hubiesen asesinado o hubieran proseguido con usted su labor de tortura. Pero ahora, pasó todo eso.

—Dios lo quiera —suspiró ella, fatigada. Se apoyó en su brazo, caminando hacia el coche Citroën detenido a la entrada del hospital—. ¿Vamos, Casey?

—Hum... —Burton se volvió, gratamente sorprendido—. Eso suena mejor que «señor Casey», desde luego.

—Gracias por dejar que le llame así —sonrió ella dulcemente—. También Magali suena mucho más agradable que «señora Durand»... si no le molesta.

—A París... —Magali inclinó la cabeza, tímidamente—. Sí, desde luego... imagino que su esposa, Nadia, estará muy intranquila por usted...

—¿Mi esposa? —Burton la miró muy fijo, deteniéndose junto al automóvil—. Magali, no es justo que la engañe. Nadia es una chica encantadora, pero... no es mi esposa. Somos amigos. Buenos amigos. Eso es todo. Aceptó esto sin exigir nada a cambio... Ni matrimonio, ni compromisos ni esas cosas. Soy libre, Magali. Enteramente libre.

Ella parecía reacia a mirarle cara a cara. Súbitamente alzó los párpados, clavó sus ojos en él. Estaban húmedos, emocionados. Sus manos temblaban.

—Burton Casey, yo... yo no quisiera que ella pudiera pensar... —comenzó, confusa.

—No debe preocuparle. No importa lo que ella piense. Son esas uniones que... que no se sabe lo que durarán. Todo depende, Magali... de otras personas..., de un hombre, o una mujer.

Estaban mirándose fijamente. De súbito, Casey puso sus dedos firmes en los hombros de ella. Eso rompió la última barrera invisible.

—¡Oh, Casey! —gimió Magali.

Y se arrojó en sus brazos, estallando en un ronco sollozo. Burton la acogió en su torso, donde ella pegó el rostro, su cuerpo esbelto. Luego tomó su barbilla, alzó su rostro, contempló sus ojos húmedos, su boca entreabierta, de labios carnosos y trémulos... Se inclinó.

—Lamento interrumpir tan bella escena de amor, señores... —Sonó la voz apacible del comisario Dauphin.

—Oh... —Ella se apartó, enrojeciendo. Burton la retuvo, no dejándola ir muy lejos.

—Comisario, ¿usted de nuevo? —Burton le contempló, algo molesto—. Creí que había terminado con nosotros ya. ¿O viene a desearnos buen viaje, simplemente?

—Si fuera así, mi querido amigo, cometería un grave pecado de inoportunidad —rió el policía, sardónico—. No, querido señor Casey... No hubiera interrumpido esta tierna escena, de no darse una circunstancia capaz de obligarme a ello. Una seria circunstancia, créame. Usted tiene que decírmelo exactamente, señor Casey —suspiró.

—¿Yo? ¿Por qué yo?

—Véalo. Acabo de recibir este cablegrama de Nueva York. Asombroso diría yo, ¿no es cierto?

Burton tomó el cable, fechado en Nueva York aquel mismo día, muy poco antes. Era urgente, del Departamento Central de Policía, dirigido a la Sureté de París.

Su texto era lacónico. Tremendamente lacónico:

«Burton Casey, millonario neoyorquino. Murió hace exactamente un año».

Magali leyó por encima de su brazo, y retrocedió, mirándole con profundo horror. Casey, con el ceño arrugado, levantó la cabeza. Se encontró con la mirada cáustica del menudo y astuto policía francés.

—Bien. ¿Qué me dice a eso, señor Casey? —preguntó amablemente el comisario Dauphin, hundiendo sus manos en los bolsillos, con gesto filosófico.

Le devolvió Burton el cablegrama. Afirmó, con grave expresión:

—Sí, es cierto —convino—. Burton Casey ha muerto. Pero yo soy Burton Casey...

CAPÍTULO IX

—¿E SO tiene algún sentido, señor Casey?

Burton no contestó de momento. En vez de ello, rió con parsimonia, contemplando gravemente al comisario que permaneció callado. A su lado, Magali no hacía sino esperar, pendiente de sus palabras, de sus acciones, tras la sorprendente acusación formulada por el comisario Dauphin a un hombre lleno de vida, oficialmente, Burton Casey estaba muerto. Sin embargo, Burton Casey vivía, estaba allí. ¿Dónde estaba la explicación del misterio?

—Estoy esperándole, señor Casey —le recordó amablemente, pero con fría mirada, el comisario Dauphin—. ¿Tiene sentido lo que ocurre?

—Lo tiene, sí —afirmó al fin Burton, con un suspiro—, pero es difícil de explicar.

—Estoy esperando a que lo haga, de otro modo me veré obligado a arrestarle y esperar a que sus compatriotas expliquen todo ese galimatías. Usted es culpable de homicidios, justificados o no, y en su compartimiento del expreso de Bruselas se cometió un asesinato, según consta, por informes de la policía del ferrocarril, que encontré en mi mesa de trabajo. De modo, señor Casey, que preferiría dejar todo eso en claro, antes de concederle a usted beneficio de mi confianza.

—No hay ningún misterio en esto, Comisario —observó Casey, sonriendo—. Un hombre llamado Burton Casey murió en los Estados Unidos, hace un año. Está enterrado en el Bronx, y en su lápida dice exactamente eso: «A Burton Casey, de sus amigos, con afecto».

—Entonces... Casey murió, y usted suplantó personalidad.

—¿Por qué imagina tal cosa? —indagó Burton, muy serio.

—No me deja otra alternativa, ¿no?

—Existe otra. Usted no la mencionó. Ésta: Un hombre yace, enterrado, como si fuera Burton Casey. Y nunca fue.

—¿Nunca? Explíqueme eso, ¿quiere?

—Es fácil de explicar. Un pobre diablo. Alguien que jamás fue identificado... Mucha gente creyó que era yo. Y todo, ¿por qué? Porque llevaba mi licencia de conducir, coche, mis ropas, mi dinero, un talón bancario... Me pareció una tontería identificar a un cadáver irreconocible, sólo por lo que lleva encima. Es lo que hicieron todos mis amigos, incluso mi prometida Shelley, que hoy es la señora Howard de la mejor sociedad neoyorquina. Dijeron tonterías con que yo me había estrellado con mi coche estando borracho solo porque ella me dejó. Estupideces. Creía amar a Shelley, no creo que jamás ese sentimiento fue real.

—Todo eso está muy bien, Casey, pero... ¿cómo ocurrió cómo? ¿Cómo otra persona podía tener su coche, su licencia, su dinero, e incluso sus ropas?

—El alcohol, comisario... El tipo aquel, me robó cuánto tenía, estando yo borracho. Me abandonó en una cuneta, y se llevó todo, incluso mi botella de *whisky*. Era un vagabundo, cuya identidad nadie supo jamás, y yo menos que nadie. Me atacó por la espalda, mientras yo buscaba un fallo en el motor, que sin duda era un fallo de mi propio motor, demasiado cargado de *whisky*, se entiende. El individuo lo aprovechó bien, pero debió cometer mi mismo error: bebió más de la cuenta. Era alto y joven, como yo. Lo demás, lo hicieron su ropa y sus pertenencias, propiedad mía todo ello, cuando se estrelló contra una árbol, dio las vueltas de campana y se fue a un barranco. Ni su propia madre lo hubiera reconocido, comisario. Y Shelley quiso identificar en él a mi persona... Es ridículo.

—¿Qué hizo usted, desnudo y sin medios?

—Solamente desnudo a medias, comisario —rió Burton entre dientes—. Me fui a casa, procurando no ser visto. Robé unos pantalones y una camisa, colgados de un tendedero de ropa de una casa de campo. Pude llegar a mi casa, cambiarme, e incluso tomar otra botella de *whisky*. Cuando la borrachera era mayor, me dije a mí mismo que era un imbécil, y que debía cambiar de vida o terminaría como aquel pobre diablo, cuya muerte acababa de dar la

televisión. En vez de personarme a la policía de mi país y contarles la verdad, elegí otro camino. Busqué a un médico psiquiatra y me sometí a un tratamiento. Le pedí ser alguien diferente. Le referí todo. Él se echó a reír y dijo que, desde luego, tenía la posibilidad de ser un hombre nuevo en todo el sentido de la palabra. Mis amistades, mi novia y todo eso, influirían en que, una vez curado, volvería a ser el mismo, tarde o temprano, arrastrado por mis hábitos de siempre. Según él, nada mejor que borrar el pasado emprender una existencia totalmente nueva.

—¿Lo consiguió ese doctor?

—Por completo, comisario. Allí dentro, yo era el enfermo B.

C. Smith,

y nada más. Al abandonar aquel recinto, durante meses de tratamiento, mí «muerte» se había incluso olvidado, pese a mi hermosa lápida. Nadie se acordaba ya de mí, salvo para lamentar que mi fortuna, sin herederos, fuese a parar a los fondos del Gobierno, para obras de beneficencia. Ése fue otro error de mis amigos.

—¿Un error? ¿Es que, pese a estar muerto oficialmente siguió disfrutando de su fortuna?

—Comisario, en mi país somos muy astutos para burlar al Fisco y no pagar tantos impuestos. Mi dinero estaba en diversas cuentas corrientes a diversos nombres que sólo yo conocía, o bien en cajas fuertes alquiladas con seudónimos o invertido en el extranjero, en Bancos para quienes Burton Casey era sólo el nombre de un cliente, y si éste acudía a sus datos cifrados, tenía perfecto acceso a su dinero, de modo que mi Gobierno se quedó con algunos millones míos, pero el resto siguen siendo de mi propiedad absoluta. Y los disfruto yo. Creo que es perfectamente legal, puesto que sigo lleno de vida. Claro que soy otro hombre dese que el doctor Keller me dio de alta, tras un tratamiento asombroso de psiquiatría, hipnosis, influencia psíquica y todo eso, que me convirtieron en un hombre abstemio, sereno y lúcido, cosa que nunca fui antes de ahora.

—Una historia fascinante. Casi una doble personalidad.

Pero hay todavía una incógnita en su relato. Su nombre mismo. ¿Por qué volverse a hacer llamar Burton Casey, sin necesidad de ser la misma persona? Yo sería uno de ellos.

—Pero es que usted es la misma persona.

—Bien, comisario. Eso lo sabe usted, lo sé yo, lo sabe la señora Durand ahora... No cometo delito alguno. No encubro mi nombre real. Sencillamente, lo único que hice. No dejar que todos creyeran que estoy muerto.

—Un juego extraño y enigmático, señor Casey manifestó con disgusto Dauphin, nada convencido de su historia. —No sé, hay algo en su relato que no termina de gustarme.

—¿Qué es ello, comisario? —indagó Burton.

—Tal vez la seguridad de que me oculta usted algo... De no todo es tan simple como quiere dar a entender.

—¿Qué otra cosa podría haber?

—Si yo lo supiera. Bien, no puedo arrestarle ni acusarle de nada. Solamente me obliga a informar a su Gobierno de su verdadera identidad, de la falsa personalidad del hombre enterrado en el Bronx neoyorquino.

—Lástima... —suspiró Casey—. Todo hubiera sido mejor así. Pero imagino que eso no era tampoco justo. Ese pobre diablo tendría un nombre, una identidad, la que fuese.

Dauphin resopló, encogiéndose de hombros, sin hacer comentarios. Burton Casey se puso en pie, extendió su mano, que Magali oprimió con fuerza, sin desviar de él sus ojos, y ambos salieron del despacho de Dauphin en la Sureté parisina.

El automóvil alquilado por Casey aguardaba afuera, ante el edificio de la policía francesa. Subieron a él. Casey condujo el vehículo a través de la capital francesa.

Finalmente, detuvo el automóvil en un aparcamiento estrecho, frente a una vivienda ochocentista, revocada y pulcra, que señaló Burton, con un suspiro.

—Hemos llegado —dijo.

El ascensor les subió a la planta donde residían Lacroix, los amigos parisinos de Burton Casey.

Eran pisos amplísimos, propios de otras épocas de mayor amplitud en las viviendas. Una sola puerta en cada planta para viviendas de acaso ocho o diez habitaciones como mínimo. Todo ello suntuoso, acogedor y del más puro estilo parisino de otros tiempos.

Un mayordomo abrió la puerta de bella madera blanca y tallada con adornos barrocos, y tiradores de metal dorado y lustroso.

—Soy Burton Casey —dijo sencillamente él. Señaló a su compañera—. Me acompaña la señora Durand.

—Oh, señor Casey... —El mayordomo parecía sorprendido—. La señorita Farrow ya nos habló de la señora Durand y todo lo demás... Celebro de veras que, contra la impresión pesimista de la señorita Farrow y de mis señores ustedes hayan llegado sin novedad.

—Gracias —suspiró con alivio Burton—. ¿Está bien la señorita Farrow?

—Perfectamente, señor, llegó muy impresionada, con un gran disgusto, pero el señor Lacroix y su esposa, procuraron calmarla y hacer más grata su presencia aquí. Creo que la administraron un calmante, después de haber almorzado. Ahora reposa en su dormitorio.

—Dios sea loado —se sintió Casey más calmado—. ¿Están los señores Lacroix?

—Por supuesto, señor Casey. Ellos estaban impacientes, guardando noticias suyas. Celebrarán de verdad verles aquí. Pasen, por favor.

Entraron, Magali, instintivamente, oprimió el brazo de Burton, y aferrada a él caminó por el largo corredor alfombrado de rojo, con cortinajes color vino Burdeos, hasta un amplio gabinete, frente a un hogar de mármol, estilo francés, sobre el cual se veía un enorme cuadro al óleo con una vista general de París, desde los tejados de Montmartre.

—Por favor, acomódense a su gusto —señaló el mayordomo—. Avisaré de su llegada a los señores...

Al desaparecer el mayordomo, Magali preguntó de improviso:

—Burton, usted... usted leyó mi agenda, ¿no es cierto?

—Sí, la leí —asintió Casey—. Pero no en su totalidad. Nadia la habrá recogido seguramente. ¿Significa mucho para usted esa agenda?

—Significan unos recuerdos, unos retazos de mi vida, recogidos en sus páginas con cierto calor, con cierta emoción. Me gustaría conservarlo.

—Seguro que ella lo tendrá, no sufra por eso. La veo preocupada, Magali.

—No puedo evitarlo, Burton. Hay algo que me obsesiona.

Recuerdo la agresión del coche cama del expreso, sólo que no era yo, sino usted quien ocupaba esa litera entonces. Y ellos no podían saberlo. Por tanto, querían matarme a mí.

—Es posible. ¿Qué ve de extraño en eso?

—Después, pudieron haberme asesinado impunemente, cuando me secuestraron. En vez de eliminarme allí mismo, como antes se intentó, se conformaron con raptarme para someterme a torturas y sonsacarme algo que ni yo misma sé lo que pueda ser, puesto que de ese «código» del que habló el enmascarado, nunca oí hablar antes de entonces.

—Es cierto. Sé lo que quiere decir, que hubo dos clases de agresiones. Una, con intento de homicidio inmediato. Otra, con rapto. La primera, la que falló por tener usted asegurada la puerta, no podemos saber nada. ¿Es eso lo que le preocupa? ¿El cambio de idea en sus atacantes?

—Sí. Me preocupa mucho —asintió Magali—. Me hace pensar en que... que parecen diferentes enemigos. Unos intentaban matarme, y los otros averiguar algo a través de mí, algo que parece ser un secreto que Marcel guardó muy bien hasta que murió.

—Diferentes enemigos... —repitió despacio Casey, con brillo en sus ojos—. Sí, eso lo explicaría todo. Había dos clases de adversarios tras de su pista, Magali. Dos grupos de personas distintas. Unos, con la idea de eliminarla. Otro... con la de raptarla para conseguir lo que buscaban... Dos motivos diferentes. Dos intenciones distintas. A alguien interesaba que usted muriese. A otros, les preocupa el capturarla viva...

De repente se abrió la puerta del gabinete, y aparecieron un hombre y una mujer de aspecto correcto, elegante, casi aristocrático. Ambos de mediana edad, más bien altos, de expresión cordial.

—Bienvenidos a casa, amigo Casey —habló él—. No saben la alegría que nos han dado con su llegada...

—Queridos amigos, ¿se encuentran bien en realidad? —terció la dama risueña.

—Los dos muy bien, pese a que las cosas pudieron ser peores para ambos —sonrió Casey, apresurándose a avanza hacia ellos y estrechar sus manos cordialmente.

Magali Durand avanzó hacia los esposos Lacroix, para

saludarles. Apenas si se había fijado en sus rostros, pero cuando lo hizo, al detenerse ante ellos, sufrió una brusca convulsión, y se quedó mirando con estupor a ambos.

—Dios mío... —jadeó, estremecida, repentinamente pálida, dando un paso atrás de forma instintiva—. Dios mío, no es posible...

—¿Qué la ocurre, Magali? —preguntó Casey, sonriente, girando su cabeza hacia ella.

—Ellos... ellos... ¿son los señores Lacroix? —demandó, con voz ronca, señalándoles con mano temblorosa.

—Exactamente —asintió Burton Casey, con expresión curiosa—. ¿Por qué lo pregunta? Ellos son Henry y Françoise Lacroix, mis buenos amigos de París... ¿Qué le ocurre ahora, Magali?

Magali, palidísima, negaba con la cabeza, con un gesto mecánico de su mano. Luego, manifestó con tono exasperado, ronca su voz.

—Ellos mienten... Mienten, Burton. No sé por qué lo harán, pero están mintiendo... No son Henry y Françoise Lacroix... Ellos no son los que dicen...

—Magali...

—Se lo juro, Burton. Ellos no son los Lacroix... Les conozco, ¿entiende? Les conozco a los dos... Y no se lamen así... Ellos... ellos estuvieron un día en *Tour du Lac*... Estuvieron allí, invitados por Marcel... Eran amigos de él... y se llamaban Maignac... Louis y Lucienne Maignac... Eran ellos, Burton. Eran ellos mismos...

—Sí, Magali —afirmó Casey, flemático—. Ya sabía eso...

CAPÍTULO X

—**L**O siento, Magali —dijo Casey—. Lo siento de veras. Debí decírtelo antes. Pero no pensé que te pudiera impresionar tanto. Ellos, los Lacroix, o los Maignac, como prefieras, no son enemigos tuyos ni van a hacerte daño alguno. Eso es lo que debe importarte. Lo demás, caree; realmente de trascendencia.

—Pero Burton, ellos estuvieron en *Tour* du Lac. ¿Por qué? ¿Por qué...?

—Muy sencillo, señora Durand —explicó ahora el dueño de la casa solemnemente—. Éramos auténticos amigos de Marcel, aunque usted no lo crea ahora. Debe creer a su amigo Casey. Está en una casa amiga, y está a salvo de cualquier peligro.

—No... no comprendo nada —susurró Magali, perpleja—. ¿Tú lo entiendes, Burton?

—Es sencillo. Ellos y Marcel tenían algo en común. Todos trabajaban para una misma causa, para un mismo asunto. Las actividades secretas de tu esposo, las que tú jamás conociste, el secreto que él guardó siempre celosamente incluso a ti... es algo muy de hoy, muy de nuestro tiempo. Es la actividad de tantas y tantas personas de cualquier latitud del mundo, no importa cuál sea su identidad, su carácter e incluso su fortuna personal y sus sentimientos personales: el espionaje, Magali.

—¡Espionaje! —musitó ella, con estupor—. Burton, ¿quieres decir que Marcel...?

—Marcel servía al contraespionaje francés. Era miembro del Duxième Bureau, lo mismo que lo son los señores Lacroix, Maignac o como quieras llamarles...

—Eso es, señora Durand —sonrió afablemente la señora Lacroix—. Todo más simple y menos complicado de lo que realmente

parece. Teníamos que establecer contacto con él, nada más fácil que recibir la visita de unos buenos amigos en *Tour du Lac*. Nadie sospecharía nada. Y nadie lo sospechó, ni siquiera usted, sus sobrinos o su servicio.

—Dios mío. Espionaje en *Tour du Lac*... ¿Cómo imaginar algo así? —musitó Magali, aturdida, desorientada por completo—. Burton, usted... no será también...

—Lo fui —sonrió Casey, pensativo—. Lo fui antes. Cuando era el otro Burton Casey.

—Entonces todo esto, nuestro encuentro y nuestra ventura juntos... no ha sido casual.

—Exacto, no ha sido casual —asintió Burton con gesto enérgico—. Nada fue casual nunca...

—Pero... pero ¿por qué, Burton? ¿Qué tiene usted en común con los Lacroix, los Maignac o como quiera llamarlos? ¿Qué significa todo esto? ¿Por qué ha venido de los Estados Unidos, por qué viajaba en mi expreso, por qué me ha defendido, por qué todo esto...?

—Yo... yo sólo hice lo que me pidió un buen amigo mío Quizás mi mejor amigo, Magali.

—¿Su mejor amigo? ¿Quién, Burton? —Se irguió ella tensa, sin desviar de él su mirada atónita—. ¿Quién?

—Marcel Durand. Marcel Durand, mi mejor amigo, —suspiró Casey lentamente—. Él me pidió que viniera de los Estados Unidos para ayudarle. Marcel sabía que iba a ser asesinado de un momento a otro.

Era demasiado para Magali.

Ella boqueó, casi sin aliento, sin aire en sus pulmones. Sus ojos hermosos giraron en las órbitas, hasta quedar éstas en blanco. Luego, lentamente, como si toda ella se desmoronase, empezó a caer, a caer en la alfombra.

Se había desvanecido súbitamente.

Los brazos de Burton Casey llegaron a tiempo de recogerla, evitando su caída.

Nadia Farrow contempló fríamente a todos los que la rodeaban. En especial, a Magali Durand. Luego, sus ojos se dirigieron, bajo el flequillo pelirrojo, hacia el rostro de Burton Casey.

—No entiendo gran cosa de todo esto —manifestó secamente—. Tú nunca me revelaste nada de ese juego extraño, Burt.

—Cuanto menos gente lo supiera, tanto mejor. Era un secreto entre Marcel y yo.

—Marcel y tú... —dijo lentamente Nadia—. Entonces, el día en que me quedé sola en Bruselas, esperándote...

—Yo fui a Brujas, a *Tour du Lac*, exactamente.

—¿Usted estuvo en *Tour du Lac*? —Pestañeó Magali, asombrada—. ¿Cuándo, Burton?

—La víspera de tomar el expreso para París. Fui esperando verla allí, Magali. A usted, porque ya sabía que Marcel no existía. Me encontré la casa desierta. Una camioneta alquilada hizo todo eso en poco tiempo. Supe que usted se iba a París, que tomaba el expreso de Bruselas... No alcancé el tren, y entonces salí hacia Charleroi, también en camioneta, alcanzando al tren con tiempo suficiente. Llevaba una reserva para una cabina del coche-cama. La B 20.

—Y Magali Durand, viajando en la B 22 —dijo con pereza Nadia—. Y yo, sin saber nada de todo ese juego. ¿Tan poco confías ya en mí? —Se dolió ella.

—Lo siento, Nadia. No podía revelártelo. No era prudente.

—Bien, admitamos eso —le contempló escudriñadora, y distante—. Ya estabas junto a la señora Durand. ¿Para qué, Burt? Según has dicho... fue Marcel quien te pidió ayuda, no ella.

—Marcel fue un buen camarada cuando yo serví al contraespionaje de mi país, Nadia —suspiró Burton Casey— lo fue por poco tiempo. Lo hice como un *hobby* divertido, por puro placer, por deporte. No logré mucho, me faltaba vocación real. No fui un buen agente. Dimití de tarea, y mis jefes comprendieron que hacía bien, acaso hubiera sido un excelente espía, pero me faltaba espíritu, aunque me gustó la idea de ayudar a Marcel en un apuro cuando él me buscó en Nueva York pidiéndome que le ayudase en su trance peligroso.

—Las cosas no están aún claras —replicó Nadia—. Marcel ha muerto. ¿Qué estás haciendo ahora en realidad?

—Llegué tarde para ayudarle. Pero no para ayudar a quien él me pidió que debía proteger, si lo inevitable sucedía: A su esposa, a Magali Durand. Me lo pidió en una conferencia trasatlántica, directamente a mi clínica, donde el doctor Keller me trataba. Le

prometí acudir en cuanto saliera de allí, dado de alta en mi tratamiento. Por eso dije que quería hacer turismo por Europa.

Nadia se puso en pie con cierta hostilidad, y se excusó dirigiéndose fuera del comedor con el pretexto de ir a la *toilette*.

Quedáronse solos los Lacroix, Magali y Burton. Éste, tras una pausa tensa, rompió el hielo, dirigiéndose con simplicidad hacia Magali.

—Cuando la conocí, me di cuenta de que Marcel nunca le había hablado de mí.

—Es la verdad. ¿Por qué no lo hizo, temiendo, como temía, que sucediese lo peor?

—Tal vez juzgó que era mejor así. No por usted, sino por sus enemigos ocultos. Él sí sabía que su vida peligraba, que había gente a su alrededor. Gente dispuesta a todo con de obtener el código.

—¿Qué código, Burton? ¿Sabe usted también lo que realmente significa eso?

—Tengo una cierta idea. Marcel había obtenido el código secreto de alguna potencia. Código que interesó sobremanera a la organización de ese misterioso «V», cuya identidad no me sorprendería conocer.

—¿Sabe quién es Cara de Gato?

—Imagino quién es, por su firma de la letra «V». Hay un importante miembro de un Servicio Secreto extranjero que actúa en Francia. Dirige una célula peligrosa de agentes de determinada potencia. Él es francés, pero renegado, vendido al mejor postor. Su nombre completo, Marcos Vertier. El Gobierno francés daría algo por saber su paradero y echarle la mano encima. Marcel sí lo conocía bien. Sin duda fue atacado por él aquel día de septiembre poco antes de morir.

—¿Cree que Vertier le mató?

—Pudo hacerlo, sí.

—Pero cuando yo vi a Marcel, el hombre debía haber huido ya, vencido por Marcel... Ahora que ha nombrado eso... ¿y el duplicado de Marcel? El hombre que vi en el jardín, exactamente igual a Marcel...

—No sé quién pudo ser. Marcel tuvo un hermano, Raymond, que murió en los Estados Unidos hace tiempo. Se dedicaba al comercio, al menos en apariencia. Nunca supe si se parecía o no a Marcel.

Sospecho que alguien se caracterizó como él, con alguna extraña intención. —Burton miró pensativo a la viuda—. Supongo que nunca hubo duda sobre la identidad del hombre a quien hallaron muerto. Era Marcel, ¿no es cierto?

—Por Dios, claro que sí —afirmó ella, rotunda—. Lo identifiqué yo, sus sobrinos, su servidumbre...

—También usted misma creyó que el hombre del jardín era Marcel. Y no podía serlo, puesto que, según su propio relato, él estaba en Brujas, de regreso en su coche en esos momentos...

—Es verdad —suspiró—. Pero respecto al cadáver, agradidamente, no hay duda que valga. Era él mismo.

—El mundo del espionaje es un mundo extraño, Magali, los agentes secretos, más que seres humanos, son a veces simples sombras en un mundo de oscuridad y desorientación. Ellos saben que luchan contra otras sombras; tan intangibles e inaprehensibles como ellos mismos, saben tender trampas a una sombra, por huidiza que ésta sea. Marcel fue víctima de ellos y de su propia audacia. El código obtenido debía interesar a determinada potencia. Vertier era el representante de esa potencia. Lucha por conseguirlo, una vez muerto Marcel. Y cree que usted tiene.

—Se equivoca por completo. Nada de lo que poseo puede relacionarse con un código.

—¿Está segura? Marcel era ingenioso, astuto. Pudo dejar el código a la vista de todo el mundo, sin que nadie, siquiera usted, pudiera sospecharlo.

—¿También a usted le interesa ese código, Burton? —se extrañó Magali.

—A él no, pero a nosotros sí, señora Durand —sonrió Lacroix, afable—. Y necesitamos ese código. El Gobierno francés lo necesita. Usted es francesa en realidad. Por tanto debe cooperar. ¿No se da cuenta de que será su vida, su propia vida, señora Durand, la que peligrará en tanto no localicemos ese código y lo entreguemos al Deuxième Bureau? Entonces, para Vertier y sus esbirros, su vida no tendrá ya la menor importancia, ni su persona el más pequeño interés. Prácticamente estará a salvo.

—A salvo de ellos, es posible —afirmó pensativa Magali—. Pero ¿y de las otras personas, las que tratan de asesinarme sin darme lugar a interrogatorios, a torturas ni a cosas así?

—Sobre esas personas, señora Durand, nada sabemos nosotros —afirmó la señora Lacroix—. Pero la policía francesa y el señor Casey cuidarán de usted hasta resolver ese misterio y averiguar quiénes más, aparte Marcos Vertier tienen interés en causarle daño a su persona.

—Aparte ese maldito código, ¿qué motivo puede haber más, Burton?

—El que usted siempre ha temido, el que ha sospechado, que la hizo sentir terror durante el viaje, el que la mantiene en una pesadilla constante...

—El dinero... —dijo ella con un escalofrío—. El dinero de Marcel... Su fortuna... Es eso, ¿verdad? No tuve la culpa de eso. Marcel cambió su testamento algún tiempo después de casarnos. Me enteré después de su muerte. Nunca hubiera podido imaginar que desheredase a Alain, a Agnes, a Denise... y que *Tour du Lac* la dejara para su servidumbre, si no decidía abandonarla alguna vez.

—De modo que Alain, Agnes y Denise pueden tener idénticos motivos para querer asesinarla. Entonces, el dinero volverá a ellos, porque usted... usted no tiene familia, ¿no es cierto, Magali?

—Ni un solo pariente.

—Lo suponía —los ojos de Burton brillaban—. El motivo claro. Muerta usted, el testamento no será válido. Lo impugnarán, y es posible que la Ley les dé la razón, pasando a ser ellos los dueños de todo. Aún no sabemos si Marcel murió por el código secreto o por su fortuna. Marcel no se cayó ni se mató. No tenía motivo para eso, una vez curado su tumor canceroso precoz. Tampoco hubiera sufrido una caída tan estúpida. Fue empujado, lanzado de espaldas contra el sendero de piedra. El golpe tenía que ser necesariamente mortal. O acaso antes de caer, le propinaron un golpe de muerte en el cráneo. La caída posterior, haría creer a la policía y a todos los demás, que sufrió el impacto de la piedra. Fue un crimen, Magali. Asesinaron a Marcel.

—Dios mío, es algo horrible imaginar que cualquiera de ellos, Alain, Agnes o Denise... hayan sido capaces de algo así con Marcel y pretendan conmigo...

—Hágase a la idea, Magali. En el fondo, siempre sospechó algo así. De los tres. ¿Por quién se inclinaría como autor del asesinato de su tío Marcel?

—No sé... no sé, —se estrujó las sienes con ambas manos.

—Es fácil —sonrió Burton—. ¿Recuerda lo que dije antes?

—¿Sobre qué cosa?

—Trampa a una sombra... —repitió Casey—. ¿Qué tal si pusiéramos una trampa a la sombra evasiva que es ahora nuestro asesino, el culpable de la muerte de Marcel Durand y responsable de un atentado contra su vida, Magali?

—No le comprendo...

—El juego de los espías, utilizado para dar caza a un asesino. Yo también he sido agente secreto... Yo también se tender trampas a esas sombras sin rostro, Magali. Cuando estuve en *Tour du Lac*, la señora Verneill habló conmigo, y también Van Druten, el jardinero. Me dijeron que Agnés, Denise y Alain, acudirían a la finca en esta misma semana para tener una reunión familiar, antes de dirigirse a al notario y una firma de abogados de Bruselas, con la finalidad de entablar una demanda para que impugnen testamento último de Marcel Durand. Me mostró el telegrama de Alain, pidiendo que estuvieran las habitaciones preparadas para mañana.

—Mañana, —se estremeció Magali. Le miró, como implorando ayuda, luz en sus tinieblas dolorosas—. ¿Adónde va a parar con todo eso, Burton?

—A la trampa —suspiró él—. Magali, voy a ir mañana a Tour du Lac. Espero matar dos pájaros de un tiro. Hallaré el código que Marcel debió dejar en alguna parte de la finca, por otro lado, veré a esos parientes suyos. Les haré unas preguntas. Es posible que descubra algo importante.

—Burton, se va a ir allí... dejándome sola en París —se quejó Magali.

—Estaremos nosotros —le recordó Lacroix—. Puede quedarse aquí, si gusta.

—Gracias, señores. Pero no me gusta —sacudió Magali la cabeza—. Tengo miedo. Miedo de estar lejos de Burton... Es un sentimiento instintivo.

—¿Qué otra cosa podemos hacer? —dudó Casey—. Tomaré un avión a Bruselas, y allí emprenderé el camino a Brujas y, por ende, a *Tour du Lac*. Debo hacerlo, Magali. Es por su bien. Y por la memoria de Marcel. Tengo el presentimiento de que de esa visita mía a la finca, dependen muchas cosas... Quizás la solución final, la

verdad de este asunto...

—Es curioso, pero esa misma impresión he tenido yo —hace un momento. Fugaz, pero muy vívida, Burton— aseguró Magali, estremecida. —Me gustaría estar presente cuando eso ocurriese. Quiero ir con usted.

—Magali, pero ¿qué dice? —Se reflejó el asombro en el postro de Casey.

—A su lado, me atrevo a ir a cualquier parte. Me sentiré segura, Burton. Mucho más segura que en París, pese a Nadia Farrow y pese a los Lacroix...

—Está bien —dijo al fin Casey—. Adelante. Vendrá conmigo, Magali. Iremos los dos juntos a *Tour* du Lac. A tender una trampa a una sombra. A la sombra de un asesino desconocido...

CAPÍTULO XI

T OUR du Lac.

Allí estaba. Como un fantasma gris perdido en la bruma del día nublado, de la lluvia pertinaz, del húmedo y neblinoso clima de Brujas.

—Cielos, Burton... —Ella tembló, aferrándose a su brazo—. Tengo miedo... Es la vista de este lugar que pudo ser maravilloso y se convirtió en escenario de... de una muerte violenta.

—De un crimen, Magali. Puedes decir esa palabra sin temor. Es la verdad. Marcel fue asesinado. Lo sabes igual que yo, pero es mejor afrontar así las cosas.

—Burton, ¿crees, crees que estarán aquí ya todos ellos?

—Cuando hablé con *Tour* du Lac desde Brujas, Bruselas, aún no habían llegado. La señora Verneill, sin embargo, los esperaba de un momento a otro. Acaso nos vamos a adelantar a todos ellos. O quizás llegaron hace poco.

Magali Durand tembló. Irguió la cabeza. Asintió. La verja con el portón abierto ante ellos, el sendero ascendente, entre setos y jardines. La lluvia batiendo las piedrecillas de la senda... Y arriba, el torreón. Y la finca algo más allá. Y los canales, y las frondas, y la humedad del lago, en el aire que golpeaba los vidrios, llevando ráfagas de lluvia violenta...

—Es extraño... ¿Dónde está la gente aquí?

Se miraron los dos, inquietos bajo el porche de la casa. La lluvia no disminuía su torrencial intensidad.

—No lo entiendo —manifestó con tono extrañado Burton Casey—. La señora Verneill dijo que no se movería de casa. Ni ella ni Van Druten, esperando a los tres sobrinos de Marcel. También me

esperaría a mí...

—Pero no hay nadie en la casa, Burton.

—No, ciertamente, no hay nadie —convino Casey—. No responden, no abren la puerta.

—Eso no importa mucho —declaró ella, resuelta—. Yo tengo un duplicado de las llaves.

Abrió la puerta de madera. Entraron en la casa. Todo aparecía en orden, pulcro y limpio. Magali llamó desde el vestíbulo:

—¡Señora Verneill! ¿Está usted ahí? ¡Señora Verneill, Van Druten! ¿Dónde se han metido los dos?

Su voz se perdió en ecos lejanos por lo corredores y escaleras de la casa. Nadie respondió a la llamada. Era como si *Tour du Lac* estuviera abandonada por completo. Desierta. Sin ser viviente alguno.

Burton Casey arrugó el ceño. Hizo un gesto a Magali, y empuñó una automática.

—Vamos —invitó—. Recorreremos la casa los dos.

La recorrieron toda entera. No había nadie en ella Burton se encaminó hacia la salida.

—¿A dónde quieres ir ahora? —se alarmó ella.

—A la muralla sur. Al lugar donde cayó Marcel.

—No —retrocedió, lívida, mirando a Casey con terror. Allí no, por Dios, allí vi muerto a Marcel. No es agradable volver a...

—Vamos, Magali, no te arrugues ahora, demuéstreme tu valor. Quiero conocer el lugar. Dime todo. Cómo le encontraste, cómo dejaste a Marcel ahí...

Ella asintió, indecisa, temerosa. Al final, salieron ambos a la lluvia. La tarde era oscura, nublada, sombría.

Llegaron pronto a la muralla sur. A la sombra de torreón, gris y antiguo, como un monumento histórico, en medio del verdor parduzco del jardín reseco por la estación otoñal, Magali se detuvo. Mojada, cubierta con su caperuza y su impermeable ante Burton Casey, señaló hacia abajo desde el borde del muro de piedra.

—Allí —dijo—. Fue allí, Burton... Yo le dejé en pie ahí donde tú estás —musitó ella, temblorosa—. Al volver... Var Druten estaba abajo, inclinado sobre el cuerpo, tras haberme conducido hasta aquí en una carrera. Marcel había muerto. Tenía roto el cráneo...

—Sí, entiendo —estudió el lugar, los frondosos setos Comentó

en voz alta—: Cualquiera pudo ocultarse ahí mientras tú hablabas con Marcel. Al marcharte a la casa, le atacaron.

—¿Vertier, el espía?

—Pudo ser él, que acababa de atacarle. O pudo ser otro, —se encogió de hombros Burton Casey. Repentinamente, alzó la cabeza—. Eh, ¿qué es eso?

Pensó si era la lluvia o su imaginación. Pero no. No era eso. Magali también lo había oído. Con un grito agudo, ella se lanzó hacia él, lo abrazó con mirada dilatada, llena de pavor.

—La espesura, Burton... —jadeó—. Se movieron los ramajes. Hay alguien... Hay alguien estoy segura...

—Serénate —la confortó él, seco su tono—. ¿Dónde notaste eso? ¿En aquellos setos?

—Sí, allí —señaló ella hacia el lugar situado frente a la muralla—. Burton, vámonos de aquí, por favor. Estoy asustada... Muy asustada...

—No tengas miedo —escudriñó aquel lugar, bajo su sombrero impermeable. El agua corría por sus alas, chorreaba al suelo, igual que si escapara tumultuosa de un canalón de desagüe, a la vez que batía con furia en su impermeable—. Quédate aquí, Magali.

—¡No! —El horror la sacudió violentamente—. No, por Dios, no me pidas eso... ¿Qué... qué pretendes tú?

—Nos espían, estoy seguro —afirmó Burton Casey rápidamente. Sus ojos centelleaban, acerados—. Magali, es preciso que tengas valor. Recuerda que estamos tendiendo un cepo, una trampa a alguien que es poco más que una sombra... Te pedí que te quedas aquí, porque voy a cazar a quien está ahí oculto. Sea quien sea.

—No, Burton, no... Te ruego que no lo hagas...

—Es necesario. No va a ocurrirte nada. Quédate aquí sola. Fingiré ir a otros arbustos, a averiguar de dónde vino el ruido. Disimula cuánto puedas, finge si sabes, pero por Dios, no delates el juego. Vamos, Magali, confío ciegamente en ti. En tu valor, en tu entereza y decisión... A Marcel le enorgullecería que hicieras esto que te pido yo ahora.

Se apartó de ella, sin añadir más. Magali no afirmó, pero se mantuvo quieta, inmóvil bajo la lluvia. Tenía algo heroico aquella decisión terrible de perder la protección de Burton, y dejar que él se alejara y se perdiera entre espesura.

—Cielos, no... —susurraba Magali entre dientes—. No me dejes sola... No, por favor, Burton... Tengo miedo ¡Mucho miedo...!

Temblaba, estaba lívida, su piel helada, pero resistía, soportaba la situación, tensa, terrible, lacerante, sola bajo lluvia, abandonada por Burton Casey, abandonan prácticamente por todos, en el lugar terrible en que la muerte se abatió implacable sobre Marcel Durand.

Los arbustos siguieron moviéndose ligeramente. No sabía si era el impulso de la lluvia y del aire, o bien alguien estaba moviendo la hojarasca, al mantenerse oculto a sus ojos.

Transcurrieron segundos, acaso minutos, quizás una eternidad. Fuese lo que fuese, el miedo aumentaba en intensidad, y su cuerpo frágil temblaba bajo el aguacero, aire frío y el gélido roce del viento del terror.

Luego, de súbito, Magali lanzó un grito agudo y terrible pero que apenas si se escuchó en medio del aguacero y del estallido de un trueno en las alturas. La luz del lívido relámpago, más intensa que la incierta claridad de la tarde reveló la aparición de las dos figuras armadas, frente a ella.

—Señora Durand, fue inútil cuánto hizo... —dijo uno de los dos hombres con voz brusca—. Ahora, nadie va ayudarla... No, no trate de correr. Todo será inútil...

Magali chilló, rotos sus nervios ante la presencia de los dos seres inesperados y ominosos. Cara de Gato especialmente, desgarró su ya escasa fortaleza, al hablar emergiendo de la hojarasca, arma en mano, seguido de otro hombre enmascarado con una careta de goma, envuelto en un largo impermeable negro, lustroso por la lluvia.

Dio media vuelta, pese a todo, y echó a correr hacia la casa. Su carrera era violenta, precipitada, furiosa. Escapaba de «V», del temible Cara de Gato y de sus esbirros. No iba a dejarse matar estúpidamente, ni tampoco se dejaría aprehender para ser torturada de nuevo. Cualquier cosa sería mejor que eso, incluso morir, pero tratando de salvar la vida.

Corrió, y corrió, rodeando los setos, lanzada como un sólido por un sendero de grava, cubierto de agua, en el que sus pies chapoteaban. Perdió un zapato, y tiró el otro, furibunda, corriendo ya descalza, sin importarle que el agua penetrara en sus pies descalzos, a través de las medias de nylon.

Tras ella, sonaban pasos, carreras en la grava mojada, rumor de hojarasca agitada por alguien. En medio del aguacero, de pronto, sonaron dos, tres disparos. Fueron tres detonaciones secas, rotundas. Un grito ronco retumbó en los matorrales.

Magali gimió, sollozó, corriendo sin cesar, lanzada hacia adelante, hacia la edificación de la finca, hacia un lugar seguro, lejos del jardín batido por la lluvia...

Alcanzó el último recodo, lo rodeó, salvó de un salto un charco amplio... y cayó de rodillas junto a un bulto tendido en el suelo, en medio del sendero.

Los ojos desorbitados de Magali se fijaron en aquel cuerpo que la lluvia azotaba con furia. Algo rojo, sangriento, corría entre el agua, formando regueros. Se encontró con un cuerpo lívido, crispado, de vidriosa turada...

Un cuerpo y un rostro que conocía ella muy bien.

Emitió un alarido salvaje, desgarrador, alucinante. Se irguió, tambaleando, para caer sobre el cuerpo, perdido e equilibrio. Manchada de rojo, se apartó, entre estremecidos delirantes chillidos casi demenciales.

—¡No, no, no...! —aullaba, convulsa—. ¡Cielos, no...!

Y contemplaba con horror aquel cuerpo inmóvil cruzado ante ella, aquel rostro familiar, con la muerte vidriando su mirada y estirando su piel amarilla.

Era él. Otra vez él.

No era posible, pero era él de nuevo.

Marcel...

Marcel Durand, muerto a sus pies...

Marcel Durand, su marido. Asesinado por segunda vez...

Su chillido de locura coincidió con el giro de su cuerpo con el inicio de una carrera exasperada, con un afán enloquecedor por escapar hacia alguna parte, aunque fuese hacia Cara de Gato.

En su garganta se ahogó un alarido feroz, cuando en vez de hallar libre el sendero de grava, cayó en brazos de un hombre que le cerraba el paso y que la aprisiono férreamente entre sus manos...

CAPÍTULO XII

EL alarido de horror se ahogó cuando la mano nervuda cerró su boca, amordazándola casi con brutalidad.

—Silencio... —jadeó una voz junto a su oído—. Silencio, Magali, por Dios...

Los ojos de ella se elevaron, desorbitados, hacia el hombre que la aprisionaba. Su cuerpo tembló, convulso, a punto de derrumbarse de terror, de angustia. Sólo entonces reconoció al hombre que la retenía contra sí, que la sujetaba fieramente, dominándola a viva fuerza.

—Burton... Burton, tú... Dios mío, ¿qué está sucediendo aquí? Burton...

—Cara de Gato y su esbirro cayeron, Magali —la explicó él, risueño—. Hubo disparos, pero les alcancé. Vertier, el espía, ha dejado ya de preocuparnos... Calma, Magali...

—No... no es eso... Mira ahí, Burton... Ahí, el sendero... —gimió—. Está muerto... muerto...

—¿Quién, Magali?

—Él... Marcel.

—¡Marcel! ¿Te has vuelto loca? —aulló Burton Casey, abriendo mucho sus ojos—. Vamos, aparta de ti esas alucinaciones. Marcel murió hace tiempo, no puedes decir cosas así. El miedo te hizo ver lo que no existe, Magali...

—No, no —habló, extraviada, ella—. Ven conmigo. Acompáñame, por Dios. Vuelve ese seto... Verás ahí a Marcel... Es él... ¿entiendes? Es él...

La miró, preocupado. Luego, tomó su mano. Tiró de ella, aunque Magali intentaba quedarse atrás, retroceder incluso más, con todas sus fuerzas. Burton pudo con ella, la llevó consigo, la hizo asomar al

recodo...

—No, no —sollozó la joven viuda—. No quiero mirar...

—Mira ahí, Magali —invitó él, gravemente—. Convéncete por ti misma...

Magali no supo lo que sucedía, pero algo, en el tono de voz de él, le hizo pensar que las cosas seguían un extraño cauce inesperado. Alarmada, giró la cabeza, se atrevió a mirar a la grava...

Sólo agua corría por ella. Ni un rastro rojizo o sanguinolento. Nada de nada. Y ni huella del cadáver. Ni huella alguna de Marcel...

—No, no... —musitó—. No puede ser... Estaba ahí. Burton... ¡Estaba él ahí, lo vi! No estoy loca... ¡No estoy loca! No pudo ser una alucinación. Caí sobre él, me manché de sangre... —Mostró sus manos. Ni trazo de rojo. Sólo agua, agua corriendo por su piel, sin señal alguna de sangre, sin apariencia ninguna de color rojo...— ¡Burton, no puede ser! ¡Estaba manchada de sangre! ¡De la sangre de Marcel...!

—Olvidalo —sonrió él, animoso, tomándola por los hombros efusivamente—. Vamos, no pienses en ello... No ha ocurrido nada de eso. Ven, iremos a casa, tomarás algo para calmarte...

—¡No! —chilló ella, enfebrecida—. No, Burton. Tomas todo eso por una locura. Y no lo es. No sé lo que sucede, no sé cómo pudo estar ahí Marcel, pero estaba. No sé tampoco cómo pudo desaparecer, pero le vi ahí mismo, en ese recodo... ¡Tienes que creerlo!

Burton la miró gravemente. Luego, de repente, hizo un vivo gesto. Llevó su dedo a la boca, indicando silencio. Magali, amedrentada, calló. Ambos aguzaron el oído, en tensión constante.

—¿Qué... qué ocurre? —musitó Magali.

—Escucha... ¿oíste ese rumor? —preguntó Burton.

—Es... es alguien... cerca de nosotros —siseó ella.

Casey asintió, pensativo. Su gesto era grave. Empuñó el arma, decidido.

Hubo un silencio aterrador, en medio del estruendo de la lluvia. En alguna parte, en la espesura del jardín de *Tour du Lac*, se movieron unos pies, haciendo chirriar la grava mojada, moviendo la hojarasca.

—Burton, no te vayas... —susurró ella, aferrándole cuando vio que intentaba moverse.

—Necesito averiguar quién es, dónde está, qué intenciones trae... —se excusó Casey, en tensión.

—No... —siseó ella—. ¡No, Burton, esta vez no! No me quedaré sola...

—Es necesario...

—Prefiero cualquier cosa menos eso —murmuró ella— no, Burton...

—Está bien, vamos juntos, y que sea lo que Dios quiera —asintió Casey, tomándola de una mano, moviéndose con ella, a través del jardín batido por la lluvia.

Los dos avanzaron, alejándose del lugar donde ella viera o creyera ver el cuerpo sin vida, ensangrentado, de Marcel Durand. El rumor no había vuelto a percibirse.

Así, llegaron a un cruce de senderos, entre plantas cultivadas. De allí, partía otro camino hacia el canal y el lago. Burton miró a ambos lados, a los altos, frondosos y bien recortados setos. Cambió una mirada con ella.

—Y ahora... ¿hacia dónde? —indagó, tenso.

—No sé, Burton... —gimió, aterrada.

Como respuesta a su pregunta, hubo un movimiento de matorrales, un rumor ostensible a su derecha, en la senda hacia el canal. Rápido, arma en mano, Burton Casey caminó hacia allí, seguido por ella, que no se despegaba de su compañero bajo pretexto alguno.

Llegaron al sendero cercano. Burton hizo un breve gesto a Magali, se adentró, arma por delante...

Magali lanzó un chillido agudo, cuando la hojarasca se movió violentamente. Un bulto humano apareció entre ella. Un objeto contundente cayó sobre la nuca de Casey, que se revolvió, haciendo fuego con su arma, la bala, muy alta, se perdió en la lluvia y en la bruma gris.

Luego, ante el pavor sin límites de Magali Durand. Burton Casey, rodó de bruces en el agua, perdió su arma recién disparada, que chapoteó en el agua, y se quede inmóvil, sobre un charco, hundida su cara en el suelo.

—¡Burton! —aulló Magali—. ¡Burton, noooo...!

Su grito era inútil. Sólo sirvió para expresar su terror infinito ante el suceso inexorable. Luego, el hombre que había abatido a Casey violentamente, se volvió hacia ella frío e inexorable.

—Hola, tía Magali —saludó, helada su voz.

—No... —ella retrocedió, tambaleante, estremecida, blanca como el papel—. No, no puede ser... Tú... tú, Alain...

—Sí, querida tía Magali —sonrió cruelmente su sobrino—. Yo... Yo mismo... Ahora estás sola... Muy sola... Sin tu amigo americano... y ni siquiera ese Vertier, el tipo enmascarado, va a evitar que mueras... Esta vez, has caído en la trampa... Eres tú quien va a morir ahora.

—Alain... no... ¡No puedes ser tú...!

—No es él solo, querida —sonó una voz burlona—. Somos varios... Varios los que te odiamos, tía Magali. Varios los que planeamos tu muerte...

Magali gritó roncamente, retrocedió, sólo para caer al tropezar sus pies descalzos en el suelo. De rodillas, mojándose sus piernas en la lluvia encharcada, vio venir a Alain... y a las dos personas ocultas hasta entonces entre la espesura. A Agnes, su sobrina... y a Van Druten, el jardinero de *Tour* du Lac.

Todos ellos armados. Alain y Agnes, con armas de fuego. Van Druten, con una navaja...

Magali chilló, chilló, ocultándose el rostro con vivo horror...

—Perdón... —sollozó ella, crispada—. Perdón, Dios mío... No sacrificuéis estúpidamente mi vida... Os daré cuánto pidáis. Todo el dinero de Marcel, si así lo deseáis, pero no destruidme... No haced nada a Burton Casey... Os daré todo. Todo...

—Es tarde —sonrió Agnes, helada—. Sabes demasiado, tía Magali... Demasiado para vivir...

De súbito, ellos se detuvieron. La miraban extrañamente.

Estaban como demudados, como aterrados. De las manos de Agnes huyó la pistola automática, que golpeó el agua.

—No, no... —jadeó Agnes—. No puede ser...

Alain había caído de rodillas, casi sollozando, tirando su pistola, con horror en el gesto.

—No, imposible... —cuchicheó el joven, estremecido.

Van Druten tiró su cuchillo y escapó, con un aullido...

Magali no entendía, Magali no podía comprender... A final,

comprendió cuando giró su cabeza, cuando mire atrás... Porque atrás era donde miraban ellos, con un extraño terror supersticioso.

Magali, cuando miró, emitió el alarido más terrible y prolongado que jamás lanzara. Quiso ponerse en pie, y todo lo que logró fue rodar despavorida sobre la grava, sobre el agua, dando chillidos espasmódicos, estremecidos convulsos...

Ante ella, la figura sangrante, aparecida en el sendero como un espectro infernal surgido de entre los matorrales y la lluvia, se movió hacia Magali con pasos lentos espantosamente lentos pero inexorables...

Los gritos de Magali se hicieron histéricos, enloquecidos demoníacos, a medida que la aparición avanzaba.

A medida que Marcel Durand, sangrante y terrible caminaba sobre su propio pie, resucitado y alucinante moviéndose hacia ella, mirándola muy fijo, como pueden mirar los muertos desde el otro lado de la vida y de mundo...

Agnes y Alain, demudados, también se mantenían aún rígidos, como testigos aterrados de lo imposible.

Magali, en el paroxismo de su demencia aterrorizada, empezó a sollozar, revolcándose en el agua, mojando su rostro, sus manos, su cabello rojo, despeinado, su cuerpo aterido mientras Marcel Durand avanzaba hacia ella, avanzaba y avanzaba...

—No, Marcel... —gimió—. No, Marcel, amor... No, no me mires así... No vengas a mí... ¡Por Dios, no vengas a mí!, no, Marcel, no... Perdón... perdón, amor... No, no me mires le ese modo... Marcel, por Dios...

Y él no la oía. Y seguía avanzando, impasible, sangrante rostro, desorbitados los ojos, rígida la figura ensangrentada también...

—Marcel, no... —aulló Magali, en su frenesí—. No... Perdón, perdón, perdón... No me castigues, lo hice, sí, Marcel... Lo hice yo, tú lo sabes... Tú sabes cómo aquel día... en este mismo jardín... Como golpeé tu cabeza con aquella barra de hierro... Sí, Marcel... Yo te asesiné... Por dinero, sólo por tu dinero, por lo mismo que me casé contigo... Por eso solamente, Marcel... Perdón, perdón... No debí hacerlo... No debí ambicionar tanto... Marcel, no me destruyas. No vengas a vengarte en mí... Te maté... Sí. Lo confesaré. Lo diré a todo el mundo, pero no me mires así... ¡No me mires así!

Un largo alarido escapó de su boca. Un alarido entre risas alocadas, histéricas, escalofriantes...

Luego, muy despacio, el cuerpo del aparecido se detuvo, se detuvo ante ella, la miró con frialdad...

Magali seguía riendo, riendo, riendo... Y se revolcaba en el agua de lluvia, y reía como demente...

Lenta, muy lentamente, Burton Casey se puso en pie, empapadas sus ropas. También Alain, Agnes, le miraban.

Y Marcel Durand, el resucitado cubierto de sangre, buscó con sus ojos tristes a los tres. Y los tres le miraron a él.

—Gracias —susurró Casey despacio—. Gracias a todos... La trampa resultó, a fin de cuentas. Ya confesó ella su crimen. Gracias una vez más...

Despacio, tristemente incluso, se movió hacia Magali.

Ella reía, reía aún, dando tumbos de loca en la senda cubierta de agua. Casey se inclinó sobre ella. Magali, ni siquiera le reconoció, cuando el joven americano la tomó piadosamente en sus brazos, y la alzó, cuando ya Van Druten, la señora Verneill y dos agentes de policía de Bruja aparecían entre los setos, silenciosos y sombríos.

—Tómenla —dijo Casey, amargamente—. Es suya. Ella ya confesó. Ahí tienen al asesino de Marcel Durand. Y les entregó a Magali. O lo que quedaba de ella.

CAPÍTULO XIII

—BURT... ¡Burt, eres tú...!

—Sí, querida... Yo mismo...

—Oh, Burt, Burt, cómo me hiciste sufrir en estos días, amor...

—Lo sé... Era necesario. Teníamos que fingir todos muy bien. Era cuestión de astucia de engaño, de ser más listos que ella... ¿Leíste la nota?

—Cuando ya te habías ausentado con la señora Durand yo iba a marcharme a los Estados Unidos, dejándote plantado.

—Hiciste mal en no confiar en mí, Nadia.

—¿Y tú? ¿Confiaste en mí, Burt?

—Era necesario hacerlo así. De ese modo fingirías mejor, ella cogería confianza. No podía fallar ni un solo detalle, Magali Durand descubriría la auténtica trampa, la que le habíamos tendido a ella desde un principio...

—Burt, ¿tú supiste siempre que ella era culpable?

—No, pero lo sospeché.

—¿Por qué?

—Bueno, entre otras cosas... porque él me lo dijo.

—¿Él?

—Marcel. Sospechaba que iba a morir. No sabía si serían los espías... o ella.

—¿Sabía que Magali le asesinaría?

—Tenía ese temor. Había descubierto sus intenciones. Acaso era sólo una sospecha vaga, un presentimiento de hombre con intuición, con ese sexto sentido que tienen la espías. Lo cierto es que me comunicó lo de los espías de Vertier... y su temor a ella, a Magali. La había nombrado heredera única, y sería dueña de todo. Creía había descubierto que no le amaba en realidad, que todo era

fingido.

—¿Lo era realmente?

—Sí. A Marcel no le engañó su intuición. Magali había resuelto asesinar a su marido cuando fuese heredera universal. Era una mujer ambiciosa y cruel, pero lo disimulaba muy bien. Se casó con él por su dinero, sin amarle. Luego, planeó el juego maestro para ser rica y sin soportarle. Le bastó que él la nombrase heredera.

—Pero... ¿ella sabía eso?

—Claro. Mintió en eso. Al decir que lo ignoraba, se delató a sí misma. Marcel me dijo que había leído una agenda suya, la anterior a ésta, que ella destruyó al morir Marcel. En esa agenda decía que ahora, siendo ya la heredera universal de Marcel, todo sería suyo, si él moría. Eso es lo que más hizo sospechar a Marcel sobre su suerte futura.

—Y tú... ¿Por qué hiciste ese papel?

—Bien, Marcel podía estar en un error. No se la podía acusar abiertamente. Además, ella tenía miedo. Es cierto que la perseguían. Eso me desorientaba. Luego supe que era «Vertier» y su grupo. También alguien más, tan criminal y ambicioso como ella misma: un criminal a sueldo de alguien de *Tour du Lac*: Denise.

—¡Denise!

—Sí, era ella. Lo hemos logrado descubrir. Denise confesó ya. Alain y Agnes nada tenían que ver. Pero en la trampa que le tendí a Magali en *Tour du Lac*, ellos tuvieron importante papel. Ellos fingieron ser sus perseguidores, con Van Druten, y ella lo creyó. En realidad, me limité a ir graduando los efectos de terror hasta hundirla en una crisis desesperada y terrible, donde confesara todo. Jugué la carta del hermano gemelo de Durand.

—¿Gemelo?

—Y casi idéntico a Marcel —rió Burton por el teléfono—. Eso nunca se lo revelé a Magali. Es más, le dije que Raymond había muerto en América, sin ser cierto. Estos días puesto en contacto con Raymond, con Agnes, Alain y Van Druten, planeamos el juego. Me hice pasar, con Van Druten, por Cara de Gato y otro enmascarado, para provocar el primer pánico. Ella escapó. Le hice creer que los había matado. Luego, aparecieron Alain y los demás. Y ya en el momento supremo... surgió Raymond en su papel de resucitado. Ahí terminó la resistencia de Magali. Por cierto... ¿leíste el diario,

su agenda?

—Sí, ¿por qué?

—Lee el relato del día del crimen. Es muy curioso. Ahí verás cómo habla de cosas significativas, burlonamente. Ella «temía que Marcel se ausentara». Es natural. Así no podría asesinarle. Ella fue a verle «arrebujada en su chal», cosa nada normal. Y Marcel, al verla, dice: «No necesitabas venir así en mi ayuda...». ¿Por qué dijo eso? Porque ella «iba armada». Llevaba una barra de hierro consigo, es evidente.

—Oh, entiendo...

—En un alarde de audacia, ella revela los datos concretos del momento. Pero de un modo subterráneo, disimulado, inteligente. Luego explica: «Nunca me lo contó. No vivió para contarlos jamás. Tampoco me acompañó a casa, como él dijera. En vez de eso, lo dejé allí...». ¿Entiendes? «Lo dejé allí...». Sí, lo dejó... muerto. De un inesperado golpe al cráneo, por la espalda. Y termina: «Estaba más serena y tranquila, más dueña de mí que antes». Que «antes del crimen», por supuesto...

—Burt, cariño... ¿Vuelves ahora a París?

—Sí, vuelvo a París.

—Así, aún tengo esperanzas... por un poco más de tiempo, ¿no?

—Tal vez por mucho tiempo, Nadia.

—¡Burt!

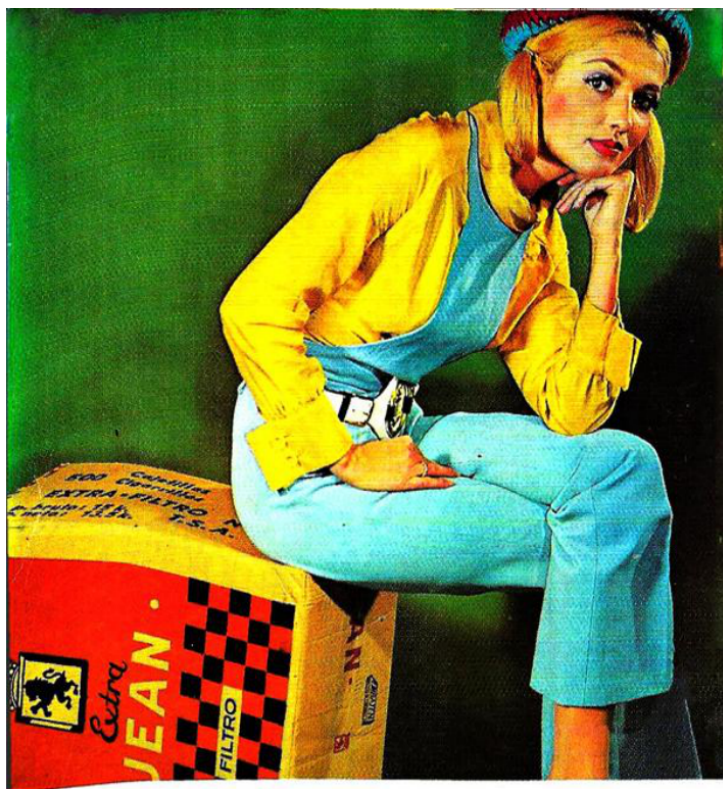
—¿Más dinero?

—No, Nadia —sonrió Burt—. ¿Sabes una cosa? He encontrado en ti cosas que no todas las chicas poseen. Nadia, es posible... es posible que...

—Nadia, yo... Oh, no, no quiero decírtelo aún —rió Casey, de buen humor—. A lo mejor si te digo que quiero casarme contigo, por teléfono, te desmayas.

Y colgó, con un beso, sin añadir más. Y sin esperar a que ella se desmayase.

FIN



R EDITORIAL ROLLAN, S.A.
PINTO (MADRID)

DISTRIBUIDOR NACIONAL:

ORGANIZACION DISTRIBUIDORA IBERICA, S.A.
EDIFICIO ESPAÑA - MADRID

12
Ptas.

Concesionarios exclusivos en América: **EDITORIAL AMERICA, S.A.**
2180 S.W. 12 Avenue • MIAMI, FLA. 33129 - USA

